

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Baylli-Bailiere, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

PARTE EXTRANJERA.

Como si no bastase la multitud de cuestiones que al presente están poniendo á prueba el ingenio de los políticos modernos, he aquí que cuando nadie lo esperaba surge otra que puede dar origen á gravísimas complicaciones. Aludimos á la cuestión de los Ducados Danubianos.

Nuestros lectores habrán visto la serie de despachos telegráficos publicados estos días, que dan cuenta de la revolución de Bucharest, que ha derribado de su trono al Príncipe Couza, y de la formación de un Gobierno provisional.

Aquellos de nuestros lectores que no estén en antecedentes de la cuestión de los Ducados Danubianos, que hoy parece salir de nuevo á plaza, creemos nos agradecerán los recordemos algunos antecedentes, y así podrán apreciar mejor la importancia y trascendencia de los últimos sucesos.

Los principados de Moldavia y de Valaquia, enclavados entre la Turquía, Austria y Rusia, estaban antiguamente bajo la protección de esta última Potencia, hasta que después de la guerra de Crimea fueron colocados bajo la alta soberanía de Turquía, por la convención celebrada en 1858 entre los plenipotenciarios de Francia, Austria, Prusia, Rusia y la Gran Bretaña, en conformidad á lo acordado en el Congreso de París de 1856. En virtud de ese tratado, el poder ejecutivo debía ejercerse en cada principado por un hospodar vitalicio elegido por las Asambleas respectivas de Moldavia y de Valaquia, debiendo ambos recibir la investidura de la Puerta, de quien ambos eran tributarios. Pero en 1859, las dos Asambleas eligieron á un mismo hospodar, el coronel Couza, viniendo así por esta doble elección á quedar los principados bajo un mismo Príncipe. Las Potencias signatarias del tratado de 1858 reconocieron por único Soberano de los Ducados al coronel Couza, y la Puerta le concedió la investidura por excepción y por esta sola vez, entrando á reinar en el nombre de Alejandro Juan I. La Puerta reconoció también la unión legislativa de los dos principados que no debían tener más que una sola Asamblea durante la vida del Príncipe reinante, unión que fué proclamada en Bucharest y Jassy en 1861, reconociéndose desde entonces un sólo Estado con el nombre de Rumanía.

No hay para qué decir que esta creación de la diplomacia moderna, ha ido como todas las suyas, produciendo sus frutos. Fundado el nuevo Estado en los principios de 1789 y regidos por un liberal de lo más perfecto del género, como era el coronel Couza, ese país ha disfrutado con amplitud de todos los beneficios del liberalismo, del progreso y de la civilización moderna. Los ministerios se han sucedido unos á otros con la misma rapidez que en los demás Estados parlamentarios europeos; y la Hacienda se encuentra en un desconcierto espantoso; el país ha sido constantemente presa de la anarquía, y la inmundicia ha penetrado en todas las esferas sociales. El coronel Couza ha demostrado admirables disposiciones para imitar á tantos modelos como se le ofrecían en Europa, y dado pruebas repetidas de su aprovechamiento. Como buen liberal quería mandar sin limitación de ninguna especie, y para conseguirlo, disolvió la Cámara en 1864, apelando al sufragio universal, para que el pueblo manifestase su aprobación ó desaprobación de las reformas introducidas por él en la Constitución, y que debían darle el poder absoluto.

Invitado el pueblo á votar, según el sistema moderno, por un sí ó por un no, lo cual no viene á ser otra cosa que proponer á uno la elección del instrumento con que ha de ser atormentado, las masas colocadas entre dos escollos se pronunciaron en favor del golpe de Estado. La otra muestra de fino liberalismo la dió el ex-príncipe Couza, acudiendo, para remediar la penuria de la Hacienda, á la confiscación de los bienes de los monasterios, que aunque cismáticos en casi su totalidad, no dejaban por eso de ser dueños de sus posesiones.

El golpe de Estado, estas confiscaciones, y otros muchos sucesos de que por abreviar no nos hacemos cargo, ha tenido constantemente perturbado el país, y dado lugar á las Potencias signatarias del tratado de París á una intervención frecuente en los negocios interiores de los Ducados Danubianos.

Todo sin embargo, podía ahora esperarse menos que la revolución que acaba de estallar. El ex-Príncipe Couza, merced á esas maniobras, contaba con dos Cámaras perfectamente adictas á su persona, y una de ellas, la de los diputados acababa de votar un mensaje humilde y obsequioso; contaba con una administración obedienciosa á sus indicaciones y poco escrupulosa en ejecutar sus mandatos; contaba

con un ejército halagado y mimado por él con el más esquisito cuidado; contaba, en fin, con la buena voluntad del pueblo de las campañas á quienes había contenido eximiéndoles de ciertas servidumbres y concediéndoles algunos derechos de propiedad. Sin embargo, de pronto, sin antecedente alguno al parecer, que haya preparado este suceso, es arrojado ese Príncipe de su Trono, se forma un Gobierno provisional y es proclamado por la Asamblea el conde de Flandes, hermano del actual Rey de Bélgica, Soberano de los Principados Unidos de Moldavia y de Valaquia.

¿Qué causa, qué ocasión, qué pretexto ha determinado esta repentina explosión, que debió necesariamente estar maduradamente preparada, vista la rapidez con que se ha verificado, y la extraña facilidad con que todos se han puesto de acuerdo para elegir por soberano al conde de Flandes? Nosotros no podemos todavía contestar satisfactoriamente á estas preguntas, y quiera Dios que podamos hacerlo más adelante. La política moderna tiene tales misterios, anomalías y oscuridades que muchos acontecimientos quedan envueltos en sombras tan espesas que no es dado á vista alguna el penetrar.

Ahora, sin embargo, y mientras nos llegan algunas noticias sobre estos sucesos, no podemos menos de fijarnos en una circunstancia que puede arrojar sobre ellas alguna luz y darnos á conocer su trascendencia.

Todo el mundo sabe que el moderno arreglo de los Principados Danubianos, fué hecho con el objeto de oponer una barrera á las ambiciones de Rusia. El Imperio moscovita siempre ha mirado de mal ojo esta moderna creación, y por consiguiente toda medida que tendiese á dar unidad y fuerza á los Principados. ¿Tendrá pues alguna parte Rusia en el cambio tan repentino que acaba de tener lugar en Bucharest? Nada sabemos, y por consiguiente nada afirmamos; pero si debemos consignar aquí que cabalmente en la víspera de esos acontecimientos, casi todos los diarios extranjeros nos traían noticias de una concentración de tropas en las fronteras occidentales de Rusia. Si esta concentración tiene relación con la revolución de Bucharest, nada aventurado sería inferir que la temerosa cuestión de Oriente iba á ser de nuevo discutida, renovando quizá los horrores de 1854 y 1855.

La situación en que hoy se halla Europa, parece brindar á Rusia á tomar el desquite de las humillaciones y derrotas que la hicieron sufrir en esa época las Potencias aliadas de Turquía. Francia tiene hoy tanto que hacer con sus negocios de Méjico; Inglaterra está al presente imposibilitada de pensar en otra cosa que en su seguridad interior, gravemente amenazada por el fanatismo; Turquía tiene sus cajas vacías; Austria estaría hoy lejos de prestar á las Potencias coaligadas en 1855 aquel apoyo moral que tan fatales consecuencias le ha producido; ni el Piamonte, á pesar de haberse elevado del modo que todos sabemos á la categoría de gran Potencia, está hoy para renovar aquellos ridículos alardes de intervención en los grandes conflictos europeos, que le costaron perder algunos millones de hombres y cincuenta millones de francos. ¿Qué ocasión, pues, pudiera encontrar el Czar de Rusia para tomar la revancha de la guerra de Crimea?

Al hablar en estos términos, lejos, muy lejos de nosotros de mostrarnos favorables á los designios de Rusia. Ni fuimos entonces partidarios de los defensores de la nacionalidad turca, oprobio de la Europa cristiana, ni hoy nos pondríamos al lado del imperio ruso, ese imperio cismático, cruel, sanguinario, que acaba de destrozar completamente la infortunada Polonia, y de insultar al Vicario de Cristo. Unicamente hemos querido señalar simplemente las circunstancias propias para Rusia con que hoy cuenta para emprender, si tal es su intento, la resolución definitiva de la cuestión de Oriente.

Más adelante verán nuestros lectores el discurso con que el Sr. Bismark ha enviado á sus casas á los diputados de la Cámara prusiana, para que descansen de sus penosas tareas. Su lectura convence una vez más de que el señor Bismark si apura poco por la oposición tenaz de la Cámara.

Hé aquí el discurso del Sr. Bismark á que hacemos referencia en nuestra parte extranjera:

«Ilustres, nobles y honorables señores de las dos Cámaras de la Dieta:

El Gobierno de S. M. el Rey abrió la legislatura actual de la Dieta sin prometerse la solución inmediata de las diferencias constitucionales que existen, por desgracia, sino con la esperanza de que el deseo de una tregua, de que está animado el pueblo prusiano, hallaría eco bastante en la representación del país para que los poderes cooperasen con el Estado á la promulgación de leyes convenientes al bien general, des-

apareciendo poco á poco la aspereza de las lamentables divergencias que separaban de la Corona y del alto Cuerpo á la Cámara de los diputados.

En esta creencia, el Gobierno inauguró las sesiones conforme con la voluntad de S. M. el Rey, sin dar pábulo por su parte á los rencores ni alimento á las diferencias suscitadas por los partidos, dejando franco y expedito el camino de un arreglo favorable.

La primera manifestación alarmante de la Cámara fué un discurso de su presidente, en el que se revelaban las disposiciones hostiles de la mayoría dirigiendo reconvenientes provocativas y desnudas de fundamento al Gobierno de S. M.

La actitud posterior de la Cámara correspondió exactamente al primer acto de ella: poco amante de la paz, se mostró siempre amiga de producir conflictos: en vez de examinar los proyectos de ley, dedicóse á buscar motivos de censura para el Gobierno, penetrando en un terreno vedado por la Constitución á los representantes del país, y atacó, por último, lo que debiera tratar con el respeto más profundo. Consecuente con su sistema y con el espíritu que la regaba, dirigió en 10 de Febrero un ataque inconstitucional á todas luces contra la independencia de los tribunales de Justicia, independencia garantida por el artículo 86 de la ley fundamental de la monarquía, dando al olvido que con semejante conducta se desmorazan los pueblos y se desprestigia á la magistratura prusiana, que hoy, lo mismo que en los siglos pasados, fué la honra y el orgullo de nuestra patria.

En una resolución ulterior, la Cámara de los diputados violó el art. 45 de la Constitución atribuyéndose un poder ejecutivo que corresponde exclusivamente al Monarca, llegando hasta el extremo de dirigirse á los funcionarios públicos para dictarles reglas de conducta en el cumplimiento de sus deberes respectivos.

En presencia de esos extravíos, tuvo necesidad el Gobierno de preguntarse si los deberes de las Cámaras eran ó no infructuosos para la prosperidad y la paz interior del país. S. M. el Rey quiso que el Gobierno demorase la respuesta y que aguardase á nuevas deliberaciones para tentar esfuerzos nuevos también y ver de llevar á los ánimos la paz y la concordia.

Pero las sesiones posteriores, lejos de calmar han aumentado las inquietudes del Gobierno, convencido este de que la senda por que ha entrado la Cámara de los diputados es la más á propósito para producir graves conflictos, para complicar la situación del país, y para dificultar, en fin, las soluciones de que depende el bienestar de la patria, por la que todo debiéramos sacrificarlo.

Para evitar tamaños males, S. M. el Rey se ha dignado decretar la clausura de las Cámaras, abiertas el 15 de Enero último, y en nombre del Soberano, declarar cerradas las Cámaras de la monarquía.

TELEGRAMAS.

PARIS, 27.—Hoy el cerrarse la Bolsa, quedaban los ferrocarriles de Alicante y Zaragoza á 223; el 3 por 100 portugués á 45 3/4; el cambio sobre Lisboa á 538; el 5 por 100 italiano á 61 3/8; el crédito territorial francés á 1,337; el crédito mobiliario francés á 681; el español á 403; el ferrocarril de Sevilla á Jerez á 00, y el del Norte de España á 172.

En Amsterdam quedaba hoy el 3 por 100 español á 36 0/0, y en Amberes á 35 3/4.

PARIS, 28.—El *Monitor* dice que todas las grandes Potencias están unánimes en considerar los acontecimientos de Bucharest bastante graves, para motivar sobre los Principados una deliberación europea.

Los periódicos ingleses aseguran que es inminente una revolución en Atenas.

Las Potencias europeas han enviado instrucciones para proteger al Rey.

KIEL, 27.—El rescripto de Goblenitz acepta la Constitución de 1854 como base legal del Gobierno de Holstein.

PARIS, 27.—En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, á 35 7/8; el exterior, á 00 0/0; la diferida, á 00 0/0; la amortizable, á 00 0/0; el 3 por 100 francés, á 69-30 y el 4 1/2 á 99-30.

LONDRES, 27.—Los consolidados ingleses quedaban de 87 1/8 á 1/4.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID, 1.º DE MARZO DE 1866.

EL CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO al director de LA IBERIA.

CARTA 43.ª

SANTIAGO, 20 de Febrero de 1866.

Muy señor mío y de mi particular consideración: en el número del 29 de Diciembre último, inserta Vd. un largo comunicado que desde Hellin le dirige su amigo el Sr. D. Francisco Javier Moya en vindicación del partido progresista español, por la ofensa que supone haberle hecho yo al decir que los progresistas españoles están muy atrasados en el conocimiento de la ciencia del progreso en sus elevadas regiones.

Ante todas cosas, quiero que se recuerde la doctrina de la lógica relativa á las proposiciones indefinidas, que tuve que recordar en una de mis anteriores cartas para desvanecer una falsa interpretación. El Sr. Moya, en efecto, da

muestras de conocer el símbolo del progreso que se profesa en las altas regiones de la ciencia. Preciso es hacerle esta justicia. Pero también es preciso que me la haga á mí, cuando le demuestro que, si el partido progresista español aceptase en masa, como afortunadamente no acepta, los principios que el Sr. Moya asienta en su comunicado, tendríamos que decir de él y de su partido que profesaba el ateísmo. Aunque á Proudhon se le haya llamado el gran dialéctico del siglo, á los dialécticos no grandes nos ha dejado todavía una parte de su dialéctica para saber sacar de dos premisas una legítima consecuencia.

Antes de entrar en el punto principal de esta carta, me llamo la atención no poco la intolerancia que muestra en su escrito un hombre que tan ardiente defensor se dice de la máxima que reasuma toda la moral de Jesucristo: *Amaos unos á otros: lo que no quierais para tí no lo quierais para otro.*

Pues bien, el nuevo apóstol de la caridad cumple este precepto ensañándose con ojos ensangrentados contra un partido que le es adverso, llamando á sus individuos «fanáticos», «simples», «fariseos de la ley de Dios», «sucesores de aquellos malditos que sacrificaron á Jesús», «servidores del anti-cristo, secta impía, que aspira al monopolio de la fe religiosa: habla de la fanática intolerancia del Clero católico, de la tiranía teocrática, de la estupidez de los frailes y del interés de los jesuitas en forjar un «Dios cruel, etc.», y pinta á los hombres de su partido «como oprimidos por la intolerancia de las instituciones mal llamadas liberales, con una mordaza en la boca y bajo la tiranía teocrática y militar, como los párias, en fin, de la patria del fanatismo y superstición fariseica.»

Estos son algunos rasgos entresacados del escrito del Sr. Moya; y si yo no estuviese persuadido de que la pasión le cegaba al estamparlos, sería preciso deducir que, para aquel señor, los epítetos injuriosos dirigidos contra el Clero católico, contra los fieles que obedecen á la instrucción religiosa de este Clero, y que viven sometidos al Papa y á los Obispos, que venimos á componer entre todos cerca de doscientos millones, sería preciso deducir, repito, que esa explosión del odio y de la ira es un grande acto de caridad, y que esta virtud prescribía, no amar, sino injuriar y escarnecer al prójimo, y, sin embargo, ese furor tiene otro nombre en todas las lenguas.

Pero dejando esto á un lado, vengamos ya al credo del progreso científico, y no de los progresistas españoles. Los dos primeros artículos son la fórmula del panteísmo moderno de Hegel y Krause, y el tercero contiene la fórmula neta del ateísmo. El Sr. Moya dice, «admito y entiendo que el partido progresista español, conociendo muy bien el símbolo completo, todas las fórmulas del progreso que se profesa en las altas regiones de la ciencia, admite también los tres primeros artículos del que S. Ema. el Cardenal Arzobispo de Santiago apunta al final de su quinta carta á *La Iberia*. Respecto al cuarto si suprimimos el verbo *inventó*, que no es propio, ni traduce exactamente el pensamiento de la filosofía moderna, si en su lugar se expresara que la humanidad reconciliada con Dios por la ley de Moisés obtuvo, al fin, de su infinita misericordia la gracia de que hiciese descendiendo hasta ella su espíritu encarnado en Jesús para redimirla de sus pecados, creo que también nos hallaríamos conformes con la versión de S. Ema.»

Este pasaje del comunicado del Sr. Moya es uno de los muchos que han llamado mi atención. En él acepta, y cree que su partido acepta también, los tres primeros artículos del símbolo del progreso científico que yo formulé en mi quinta carta, y el que acepta un principio, debe aceptar naturalmente las legítimas consecuencias que manan de él.

Pues bien, el primer artículo estaba formulado de este modo: «creo que no hay más que un ser, y que todos los demás, que parecen distintos, se identifican con él, como las olas del Océano que, aunque parecen distintas, son la misma agua del mar.»

En este artículo está formulado con bastante claridad el panteísmo, esto es, el absurdo sistema que sostiene que Dios es todo, y que todas las cosas son Dios, que no hay distinción real entre el Creador y las criaturas, que entre él y ellas no hay solamente unión y dependencia, sino identidad y confusión. Hé aquí lo que se asienta en el primer artículo, la unidad de sustancia, la unidad de ser. Consecuencia legítima.—Luego todos los espíritus, la naturaleza física y los hombres, son Dios, y cada uno de sus individuos es una parte de Dios, ó una modificación suya, que expresa la vida de ese ser, de esa sustancia única que existe.

Veamos ahora la doctrina de la filosofía racional, de la filosofía católica, puesta frente á frente de la doctrina panteísta de los dos primeros artículos.

El primer artículo de la filosofía y de la fe cristiana es: «yo confieso que hay un Dios omnipotente, creador del cielo y de la tierra, de las cosas visibles é invisibles: creo, que Dios, que existía por sí mismo desde toda eternidad, sacó este mundo de la nada; que dijo, y todas las cosas fueron hechas; mandó, y todas fueron criadas; las cuales salieron no de sustancia, ni de su esencia espiritual, que es una, indivisible, inmutable, y tan propia de él, que no se puede comunicar á otros seres que no sean Dios, sino que recibieron el ser por creación, esto es, por la omnipotencia de Dios, obrando sobre la nada, hizo que saliesen de ella y comenzasen á ser las cosas que antes no eran. Creo, que se distinguen realmente Dios y las criaturas aunque de él recibieron el ser pobre y prestado que tienen; que él las sostiene y las conserva, de modo que, si retirase su mano, si dejase de sostenerlas y conservarlas, caerían y volverían por su propio peso á la nada. Creo que esas criaturas no estaban en Dios de una manera formal y propiamente dicha, como el agua de todas las cosas posibles, y omnipotencia para darlas el ser, y en cuanto todas las perfecciones de ellas estaban contenidas en el sérdvino de una manera también más eminente, más alta, sea mezcla de imperfección.»

En una palabra, que Dios es un ser infinitamente superior á este mundo, é infinitamente diverso de él: que hay sí, unión y dependencia entre el mundo y su Creador; pero de ninguna manera identidad y confusión como pretenden los panteístas.

Coteje Vd., señor director, este primer artículo del símbolo cristiano, del símbolo de la verdadera filosofía, con el primer artículo del símbolo del progreso, que yo formulé, y diga usted imparcialmente, si se parecen en algo los dos artículos, ó si no son más bien los polos opuestos. ¡Oh! El símbolo de la filosofía racional reconoce dos seres reales, uno eterno, infinito, necesario, y que existe por sí, otro temporal, finito y pobre, contingente, que tiene una existencia precaria y prestada; en una palabra, Dios y el mundo; y el panteísmo no reconoce más que un ser, una realidad, que es el mundo á quien llama Dios. ¿No es esto profesar el ateísmo? ¿Tendría un ateo franco y sistemático inconveniente en admitir ese Dios-mundo? En esto se diferencia precisamente el ateo del que no lo es, en no admitir que además del mundo, hay otro ser invisible infinitamente perfecto, que crió el mundo y lo gobierna con su providencia.

El segundo artículo del progreso científico, que expresaba la vida del ser, de la sustancia única, de los panteístas, fué formulado por mí en estos términos: «Creo que ese ser, esa sustancia única, ha venido desarrollándose progresivamente, durmiendo en las piedras, vegetando en las plantas, sintiendo en los animales y razonando en la humanidad, la cual va aumentando con sus raciocinios el fondo de sus conocimientos.»

Voy á hacer una ligera explicación del contenido de este artículo.

Quieren decir los panteístas que el ser, la sustancia única, concebida por ellos, como lo absoluto, lo abstracto, lo universal, lo indeterminado, ha venido en la sucesión de los tiempos determinándose, especificándose en las cosas que componen los tres reinos del panteísmo Krausista, que son el espíritu, la naturaleza física y la humanidad, é individualizándose luego estas cosas en cada uno de los seres que existen realmente en el mundo. Hé aquí la vida de ese Dios que se forjan los panteístas, vida que consiste en un movimiento fatal é irresistible, que arrastra á lo absoluto, á lo indeterminado, á determinarse en el espíritu, en la naturaleza y en la humanidad, á individualizarse en las piedras, en los árboles, en los animales y en los hombres, y á pasar por todas las vicisitudes y mudanzas que cada día sufren estas cosas, á hacerse incesantemente otro, sin llegar jamás al término de su movimiento, sin dejar nunca de estar haciendo Dios y formándose á sí mismo en todas las cosas; de modo que este Dios de los panteístas, nunca acaba de completarse y sigue condenado, como el judío errante, á recorrer todos los pasos de la vida, sin descansar, sin llegar jamás al término: todo su bien, toda su felicidad consiste en esa continua mudanza, en ese continuo devenir de los franceses, en hacerse otro, en determinarse de una manera nueva. Anda, anda, dice incesantemente su fatal destino.

¿Y de dónde nacen estas aberraciones, estas ideas absurdas que los panteístas se forman de Dios? Nacen de que ellos no admiten más Dios real que el mundo, lo cual es lo mismo que negar a Dios. Porque si Dios es el ser abstracto, universal, indeterminado, fabricado por nuestro entendimiento. Porque viendo nosotros el ser individual, determinado, que tiene cada cosa que percibimos por los sentidos, nos formamos la idea universal del ser, que no tiene en sí más realidad que la que se halla en los individuos. Hé ahí el Dios de los panteístas, un Dios falso, un ídolo de su mente. ¡Oh! el Dios verdadero no es ese ser vago universal, que se halla esparcido y comunicado á las cosas individuales y determinadas, sino un ser propio, incommunicable á las criaturas, un ser infinito, que encierra en su unidad simplicísima todas las perfecciones; y porque es infinito, y el mundo y cada una de sus partes son seres finitos y limitados, hay un abismo entre Dios y el mundo, un abismo que no permite confundirlos. ¿Qué importa que los panteístas en su lenguaje conserven el nombre de Dios si con él significan ó la nada, ó el mundo? ¿No es esto ser ateos?

Esa idea universal del ser, idea que formamos por la abstracción, ese ser ideal que concebimos como universal, vago é indeterminado, carece en sí de existencia real, existe sólo en los seres concretos é individuales como en la pluma que tengo en la mano, en el papel en que escribo, etc.: en ellas se determina y manifiesta, y si á esto se llama vida, en ellas vive y se mueve, en ellas sufre ese ser ideal todos los cambios que vemos en el mundo. Hé aquí el mundo-Dios de los panteístas. ¿Cuánta distancia de esto al Dios vivo de la verdadera filosofía!

Aquel ser duerme en efecto en las piedras, vegeta en las plantas, siente en los animales y razona en el hombre, porque todas estas cosas son, tienen algún ser, pero no el ser divino que es infinito, incommunicable y propio de Dios. Ese ser ideal de los panteístas es un ser en potencia, que necesita recibir algo para determinarse y existir; y así si le añadimos las dos ideas expresadas por las palabras *animal racional*, resulta el hombre, y si añadimos todavía una tercera como la de *Papa actual*, resulta un individuo, Pío IX.

Tal es el grande error, el error inmenso de los panteístas modernos, confundir el ser propio y singular de Dios, con el ser abstracto, vago, universal é indeterminado, que concebimos con el pensamiento como separado de las cosas individuales; y porque ven esa idea, esa forma de nuestra mente, dicen con mucha seriedad que ven á Dios, que tienen la intuición del ser, la intuición yo, infinito, indeterminado, ¡ilusión increíble en hombres que quieren pasar por los únicos hombres de la ciencia, y que creen con esa ilusión poseer el secreto de la ciencia trascendental, de la ciencia de las ciencias, que las encierra todas, y que es como la llave maestra para abrir todas las puertas del saber!....

Pero no he manifestado aun todas las absurdas consecuencias del sistema. Como según el cada individuo no es otra cosa sino una manifestación, una determinación, una concreción del ser único y universal, síguese que yo, y lo mismo se diría de cualquiera otro hombre, no soy más que un accidente, una modificación pasajera del ser, ó si soy una sustancia, soy la misma sustancia de ese Dios fantástico, desapareciendo así mi personalidad propia para confundirse con la de esa sustancia, de ese ser universal y único.

Todo lo que es cada ser, dicen, es afirmado de Dios, de modo que Dios sería planta y animal, sería hombre y mujer, sería virtuoso y vicioso, sabio é ignorante, cuerdo y loco, porque todo esto son los hombres; en fin, sería hombre y demonio. Si en el sistema desaparece mi personalidad, ¿dónde estaría la responsabilidad de mis acciones? Toda ella recaería sobre ese Dios falso, que sería el autor verdadero de mis actos, que constituirían parte de la vida única, universal y divina, que admiten los panteístas.

Desaparece el orden moral por el fatalismo, que arrastran inevitablemente al ser absoluto é indeterminado, á determinarse en la variedad de los individuos y en las vicisitudes por las cuales pasan. Desaparece la libertad y el derecho que es inconcebible sin ella: desaparece la otra vida. «El destino de la humanidad, dicen, es aquí en la tierra: hacer el bien por el bien, sin deseo ni esperanza de premio.» ¡Qué misticismo! ¡qué amor tan desinteresado de la virtud y del bien! Pero esa virtud y ese bien consiste en *esenciarse* lo absoluto, lo vago, lo indeterminado del ser abstracto, que formamos en nuestro entendimiento; en *esenciarse* ese Dios, que tal es el barbarismo que s. ha traído á nuestra lengua; lo que quiere decir, realizarse y eternizarse el ser universal en los individuos, comunicándoles su misma esencia y su vida; de modo que la esencia y la vida de los seres individuales, que componen este mundo, es la esencia y la vida de Dios: todos los movimientos, todas las operaciones de estos seres, no son de ellos, sino de Dios.

¿Quién no ve el fondo de inmoralidad que encierra esta absurda doctrina, que hace á Dios autor de todos los crímenes y de todas las torpezas, autor del mal moral, esto es, del pecado, divinizando así hasta á los monstruos que de cuando en cuando han aparecido entre los hombres, y santificando los mayores horrores, que serían actos de la *vida única universal* y

divina que hay en el mundo? Desaparece, en fin, toda religión, que es la adoración de un ser que no sea yo, y si queda alguna, sería la adoración de mí mismo, que soy Dios.

Pregunte Vd., señor director, á los progresistas españoles si admiten tamañas barbaridades, profesadas, si no aspiadas, á lo menos implícitamente en las altas regiones de la ciencia del progreso, y estoy seguro de que responderán con un grito universal de reprobación, salvadas contadas excepciones. La lógica obliga á admitir, á aceptar esas barbaridades, á todo el que admita el segundo artículo del credo del progreso científicamente considerado, que formulé en mi quinta carta.

Yo no puedo persuadirme de que el Sr. Moya haya comprendido todo el alcance de su afirmación al decir que admite, y que, á su entender admite también su partido, el citado artículo segundo de mi credo progresista; y si no es así, si ha comprendido todo el alcance de su confesión, tengo que deplorar su rigurosa dialéctica, que tiene la desgracia de partir de un principio falso, cual es la unidad del ser, la unidad de sustancia, y reservar mi aprobación para el hombre inconsecuente que en la práctica no se conforma con la teoría, altamente inmoral, que hace á Dios autor de todos los crímenes, librando al hombre de toda responsabilidad moral. Porque en el sistema panteísta no hay más personalidad que la de su Dios, y es sabido que las acciones buenas ó malas son siempre de una persona.

Pero ¡qué diferente es la vida del Dios verdadero, del Dios vivo, de la del Dios falso, del ídolo muerto de los panteístas! La vida consiste en la fuerza, en la virtud intrínseca que tiene un ser para ponerse en acción por sí misma. Hay vida en ciertas criaturas y hay vida en Dios; pero vidas que se diferencian infinitamente, como se diferencia el ser finito y creado, del ser infinito é increado.

El grado infimo de la vida es la que tienen las plantas que se reduce á crecer asimilándose la materia conveniente, que está en contacto con ellas, como los jugos de la tierra, el aire, etcétera, sin conocer de ninguna manera lo que hacen. El segundo grado es el de los animales perfectos, que conocen, no sólo lo que está en contacto con ellos, sino las cosas distantes por medio de los sentidos, y, en virtud de ese conocimiento, se mueven á buscarlas, ó á huir de ellas. Pero estos animales no se proponen ellos mismos el fin, sino que se lo da la naturaleza y lo apetecen por un instinto, por una inclinación que los arrastra sin poderla resistir, como el perro que conoce á su amo y le sigue y le defiende á su modo; como la oveja que conoce la presencia del lobo y huye: ve la presencia del mastín y no hace aquello. Este modo de vivir de los animales es sin duda más perfecto que el de las plantas, porque va acompañado de algún conocimiento.

Hay un tercer grado de vida y es el de los seres inteligentes, que no sólo tienen ese conocimiento de las cosas singulares, que hacen impresión en los sentidos, sino también de las ideas y de los principios universales, y que, por lo mismo, se proponen un fin y deliberan sobre los medios de conseguirlo. Tal es la vida del hombre; la vida de la inteligencia y de la voluntad racional, muy diferente de la vida de los sentidos, del conocimiento producido por la sensación y del apetito animal, que es consiguiente. Pero aun esta vida del hombre es imperfecta; porque, aun cuando él se propone y establece para sí mismo los fines inmediatos, como el que abre un paraguas para librarse de la lluvia, el que estudia una materia para hablar con acierto acerca de ella, etc., todavía el fin último no se lo da á sí mismo el hombre, sino que lo recibe de la naturaleza ó más bien de su autor. Porque Dios ha impreso en el corazón humano el deseo del bien en común y de la felicidad, deseo que no puede borrar, deseo necesario é irresistible, que es el principio que le mueve á obrar en los casos particulares, buscando en todo lo que hace su bien y su felicidad, aunque muchas veces se engaña, creyendo hallarla donde no está, en lo que, lejos de ser su bien, es su mal y su infelicidad; pero siempre busca lo que aprende como bien, que unas veces es real y otras aparente: siempre recibe el impulso de ese deseo de felicidad que Dios ha grabado en el corazón del hombre.

Esta vida es todavía imperfecta, porque no nace toda de la virtud intrínseca del sujeto para moverse y obrar, sino que recibe de otro parte de esa virtud y energía. Aquel, pues, que tenga dentro de sí mismo una virtud y energía infinitas para obrar, para entender y querer, que son las dos operaciones más grandes del ser, sin recibir nada de fuera, sino hallándolo todo dentro de sí mismo, ese tiene la vida perfecta é infinita; y tal es Dios, que vive dentro de sí mismo sin mendigar nada de fuera, sin recibir impulso de nadie, sin que nadie le establezca el fin, porque lo es él mismo.

Si, la vida de Dios es immanente y eterna: consiste en entender sus perfecciones infinitas, en estar siempre conociendo toda la verdad, con una intuición simplicísima, sin necesidad de un trabajo discursivo. Todo esto lo enseña la sana filosofía; pero además el Señor se ha dignado revelarnos, sobre esta su vida, un inefable misterio á que no podía alcanzar la razón humana, y es que Dios, con esa intuición simplicísima de su ser y de toda verdad, forma en su entendimiento una imagen perfecta de sí mismo, una imagen viva, sustancial, permanente, á la cual comunica toda su vida; y esta

imagen, que nace del entendimiento del Padre, como de nuestra alma nace el pensamiento, es su Verbo, su palabra íntima, su eterno Hijo, igual enteramente al Padre por tener la misma sustancia que él y las mismas perfecciones infinitas, formando un sólo Dios con su Padre, y distinguiéndose, sin embargo, realmente estas dos personas; porque cada una de ellas tiene una cosa tan propia que no conviene á la otra.

El Padre no nace, ni trae origen de nadie. El Hijo es engendrado y nacido desde toda eternidad, con una generación y nacimiento espiritual é inefable, acerca del cual podemos formarnos alguna idea, aunque imperfectísima, considerando el nacimiento del pensamiento en nuestra alma. San Juan comienza su Evangelio diciendo:

«En el principio era el Verbo,» esto es, cuando principió el mundo, cuando principió el tiempo ya era el Verbo, ya existía desde toda eternidad, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios: todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada de lo que fué hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres... Era la luz verdadera que alumbraba á todo hombre que viene á este mundo. El hijo de Dios, dice también San Pablo, es el resplandor de la gloria del Padre y la imagen de su sustancia. El Verbo es, pues, el término del entendimiento infinito de Dios, y en él está toda la vida de la inteligencia divina.

Pero esa vida tiene otro acto, que es el de la voluntad. El Padre contempla en su Hijo toda la hermosura de la verdad y le ama con un amor infinito, y el Hijo reciprocamente ama á su Padre y se establece como una corriente de amor inefable y eterno, y ese amor es también una persona viva, que se llama también Espíritu Santo, término del amor del Padre y del Hijo, de quienes procede, piélagos de toda bondad, persona distinta del Padre y del Hijo, porque procede de uno y de otro, mientras que el Hijo nace sólo del Padre, y el Padre no procede ni nace de nadie, persona á la cual el Padre y el Hijo comunican toda su sustancia, todas sus perfecciones infinitas, todo su ser divino y simplicísimo, y por eso los tres son un sólo Dios, distinguiéndose únicamente en esas relaciones que van indicadas. Hé aquí la Trinidad Beatísima, que, como un sólo principio de acción, sacó este mundo de la nada; hé aquí el Dios único que desde toda eternidad vivía con una felicidad sin límites dentro de sí mismo en su Trinidad Beatísima sin necesidad de mendigar fuera de sí la vida; así vive Dios por su inteligencia y por su amor infinitos; y quiso, porque el bien tiende á comunicarse, hacer participantes á otros seres de sus riquezas inmensas, sin perder por eso nada de ellas, y sin recibir tampoco ningún aumento, como el maestro que hace participantes de su ciencia á los discípulos, sin que por esta comunicación pierda nada de su saber, ni reciba con la ciencia del discípulo ningún aumento la suya.

Todo esto es sublime, y superior á nuestra comprensión, aunque la razón nada ve en todo ello que envuelva contradicción, como la envuelve el sistema panteísta, como parto que es de cerebros calenturientos.

Pero, ¿en qué se habrán fundado los panteístas, esos nuevos teólogos, que han aparecido en nuestros días en el mundo, dando nuevas formas á las tinieblas del viejo panteísmo, que había desaparecido de Europa por tantos siglos con los resplandores de la luz cristiana, habiéndose dejado oír de tarde en tarde solamente alguna voz perdida que trataba de resucitarlo? Da compasión al considerar la pobreza de las razones que los mueven á proclamar un sistema de ideas absurdo y monstruoso. Hace cuarenta años que vi en el Condillac, y todavía no se me ha olvidado, que todo el sistema del panteísmo de Espinosa, que es el Santo Padre de los panteístas del día, se fundaba en el pueril equívoco de la definición de la palabra sustancia. El judío Espinosa argüía de la manera siguiente: sustancia es todo lo que existe en sí: todo lo que existe en sí existe por sí, á saber: luego toda sustancia existe por sí, y como lo que existe por sí, es un ser necesario, único é infinito que llamamos Dios, se sigue que toda sustancia es Dios ó que Dios es toda sustancia, que no hay sustancias fuera de él, que Dios es todo y que todo es Dios. Hé aquí el equívoco, el grande argumento de Espinosa, que se desvaneca, como el humo, negando la segunda proposición, porque es falsa. Se ha definido la sustancia diciendo que es todo lo que existe en sí para distinguirla de los accidentes ó modos, como la redondez, la dureza, la elasticidad que no existen en sí, separadas de un cuerpo, porque nadie ha visto la redondez sola, sino adherida y pegada á una bola de marfil ó al parejo de un tambor, etc.; y Espinosa confunde esto existir en sí de la sustancia, con el existir por sí, esto es, de suyo, por la exigencia de su naturaleza, sin haber recibido la existencia de nadie, y en este miserable equívoco, en esta confusión pueril de existir en sí con el existir por sí, se funda toda la argumentación en que se estriba el panteísmo de Espinosa. Negando, pues, que el existir en sí sea lo mismo que existir por sí, se arruina todo su fantástico edificio, todo el fausto aparato de su pretendida demostración geométrica.

Los panteístas de hoy han discurrido otra sutileza que los ha alucinado miserablemente. Dios, han dicho, es el ser infinito, y el ser infinito debe encerrar en sí todo el ser; porque si además de él hubiese algún otro ser aquel ya no sería infinito; porque le faltaría algo, se le podría añadir ese ser ó esos seres que existiesen además del ser infinito: Dios sería más perfecto, tendría más ser, añadiéndole esos seres extraños á él. Este es el grande argumento, que queda desvanecido, diciendo que esos seres, que no son Dios, esto es, sus criaturas tienen el ser por participación, porque se lo ha dado el ser infinito; y así como la ciencia del discípulo participada de la del maestro ni quita ni añade cosa alguna á la de este, así el ser finito y limitado de las criaturas, como sus perfecciones también limitadas nada quitan ni añaden al ser infinito ni á las infinitas perfecciones de Dios; son cosas heterogéneas que no se pueden sumar ni restar. Dios posee ese ser y perfecciones de las criaturas en un grado eminente, infinitamente más alto. Por otra parte ese ser y perfecciones de las pobres criaturas está tan dependiente de Dios, que, si él retirase su mano, volverían por su propio peso al abismo de la nada de donde salieron, como si el sol de medio día recogiese sus rayos, la atmósfera iluminada se convertiría en tinieblas.

Esas pobres criaturas somos, comparadas con Dios, lo que el retrato de un hombre con su original. ¿Qué añade ni quita ese retrato al ser y á las perfecciones del hombre retratado? Así Dios ha querido grabar la imagen de sí mismo en algunas criaturas como en el hombre por la inteligencia y el libre albedrío que le ha dado, y en las criaturas irracionales ha hecho menos, ha grabado sólo una huella para que por ellas le conozcamos como por la huella estampada en la tierra blanda se conoce que ha pasado por allí un león ó un caballo, lo cual no es lo mismo que ver á alguno de estos animales pintado en un cuadro. Así sucede con la imagen, que Dios ha grabado de sí mismo en nuestra alma, y la huella sola, *vestigium*, que ha estampado en los seres que carecen de razón.

La causa, han dicho también, debe contener en sí el efecto; y si Dios es la causa que ha dado el ser á las criaturas, el ser de estas debe estar contenido en Dios. A esto se responde, que están contenidas, sí, pero no materialmente, no de una manera formal y grosera, sino de una manera alta, de una manera eminente en cuanto Dios, desde toda eternidad, conocía todos los seres posibles y tenía omnipotencia para sacarlos de ese estado de posibilidad y darles una existencia real. Un pedazo de mármol bruto tiene en sí la posibilidad de ser convertido por el hombre en una estatua hermosísima. Y si nosotros con nuestra pobre inteligencia, con nuestras pobres fuerzas podemos hacer pasar el mármol tosco del estado de posibilidad á la realidad de una estatua, ¿extrañaremos que Dios, con su infinita inteligencia y con su infinito poder, haya hecho pasar las cosas del estado de posibilidad, que tenían en su mente, al estado de seres reales y finitos?

Hasta en la Biblia han pretendido hallar argumentos. San Pablo dijo un día á los Atenienses: acabo de ver uno de vuestros templos, y he hallado un altar que tenía esta inscripción: «al Dios desconocido.» Ese Dios desconocido, añadió, es el que yo os vengo á predicar: está cerca de cada uno de nosotros: en él vivimos, nos movemos y somos, *in ipso vivimus, movemur et sumus*: lo cual no quiere decir más que Dios lo abraza todo en su inmensidad, que conserva todas las cosas por su poder; de modo que, si cesase su concurso, las criaturas volverían á la nada. Es ridículo querer hacer panteístas á los sagrados escritores y á los Padres de la Iglesia, abusando de ciertos pasajes y dándoles un sentido en que no pensaron sus escritores, los cuales siempre han distinguido á Dios del mundo, conforme al primer artículo del símbolo cristiano: Crea en un Dios omnipotente criador del cielo y de la tierra, de las cosas visibles e invisibles.

Los progresistas españoles, pues, que en su generalidad son católicos, no pueden aceptar los dos primeros artículos del credo del progreso científico, que yo formulé; y al atribuirles la aceptación el Sr. Moya, no ha comprendido sin duda toda la transcendencia, todo el error absurdo que se contiene en ellos, como lo he demostrado hasta aquí. Los panteístas no reconocen más que un sólo ser, una sola sustancia, y para ellos los demás seres son, ó simples modificaciones de la sustancia única, ó se confunden con ella. Para la generalidad de los progresistas españoles hay dos seres realmente distintos, Dios y el mundo. Para los panteístas no existe más que una vida, única, y esta divina; para los progresistas españoles además de la de Dios existen las vidas de los ángeles, de los hombres, de los animales, de las plantas, vidas que se diferencian mucho entre sí, é infinitamente de la vida de Dios. Los panteístas, si quieren ser consistentes, no reconociendo como no reconocen más que un ser único, tienen que negar la Religión, el derecho, la moral, porque estas cosas expresan ideas relativas y no pueden existir sino cuando hay dos personas realmente distintas; porque toda relación es entre dos, y sin ellas ni aun puede concebirse.

Soy de Vd. atento servidor,

EL CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO.

Tres partes muy marcadas tuvo la sesión que ayer celebró el Congreso. La primera comprende la lectura que el señor Mon hizo de la correspondencia que había mediado entre S. S. y el ministro de Estado respecto á la embajada de París. La segunda, el discurso del Sr. Orovio y réplica del presi-

dente del Consejo de ministros; y la tercera, las declaraciones de este y del Sr. Figueroa respecto al estado de sitio y actitud de los progresistas. La parte primera fué picante y curiosa, aunque poco levantada; la segunda, larga y molesta; la tercera, brava, pero muy importante para acabar de conocer el rumbo que lleva la situación. Resulta de las cartas leídas ayer por el señor Mon, que este hizo dimisión, aunque no de oficio, del cargo de embajador de S. M. en Francia, apenas supo la subida al poder del actual ministerio. Que al recibirla, el Sr. Bermúdez de Castro le contestara suplicándole que la retirara, y que tres horas después de escrita esta carta, le dirigiera otra, diciéndole en buenos términos, que no había inconveniente en admitirle la dimisión si la repetía ó formalizaba.

El Sr. Mon comprendió que en esta contradicción se encerraba algún misterio, y tal vez adivinándolo, se aguantó algún tiempo, hasta que con la noticia del reconocimiento del consabido reino la mandó en toda regla y le fué admitida. Pero ¿qué pasó en aquel espacio de tres horas que mediaron de una á otra de las dos cartas del Sr. Bermúdez de Castro?

Todo el mundo sabe que al Sr. Mon sucedió en la embajada de París el Sr. D. Salvador Bermúdez, hermano del ministro de Estado. Todo el mundo recuerda que este señor estuvo primeramente nombrado embajador de España en Roma, y que el Padre Santo, con una delicadeza propia de su acrisolada virtud, hubo de poner algún reparo á la admisión del señor D. Salvador Bermúdez, embajador que había sido del Rey Francisco II, que á la sazón residía en Roma, acaso, acaso, por haber seguido los desdichados consejos del representante de España.

Detrás del Sr. Mon estaba, pues, el hermano del señor ministro de Estado. Pero ¿cómo no se presentó á la imaginación del ministro esta combinación sino tres horas después de haber escrito la primera carta?

Recibí acaso su señoría en este intermedio el correo que le anunciaba que Su Santidad ponía algún reparo en la admisión del antiguo embajador del Rey de Nápoles?

Esto nos daría la clave del misterio en que ayer nos hizo meditar la curiosa correspondencia epistolar que leyó el Sr. D. Alejandro Mon. Si nos detenemos á pensar en la gravedad de las cuestiones que se están ventilando en el Congreso, todo esto es un poco terrestre y pedestre; pero sirve para dar á conocer á nuestros lectores uno de los rasgos de la política militante. Así nos gobiernan los partidos, y cuidando que no es esto lo peor que los partidos dan de sí.

De la segunda parte de la sesión, no hablaremos. Es la eterna apología de los gobiernos moderados, con el eterno sulfurarse el general O'Donnell al oír hablar del general Narvaez.

Pasemos á lo último. Pero más prudente nos parece detenernos aquí. Créanle nuestros lectores: la alusión del presidente del Consejo, la respuesta del Sr. Figueroa, la promesa de aquel, las lisonjas de este, son al decir de algunos políacos cosa convenida, preparada y estudiada como papel de comedia.

Lo que de aquí se pretende inferir, y esto nos basta para nuestro gobierno, es que vamos á presenciar una nueva fusión, un nuevo abrazo de progresistas y vicalvaristas, que es todo lo que habrá que ver.

El progresista puro D. Juan Bautista Alonso ha presentado ayer su acta de diputado á Cortes.

¿Habrá concluido por ahora la política de retraimiento?

Escritas las precedentes líneas recibimos *La Iberia*, según la cual el Sr. Figueroa habló de su propia cuenta.

Las *Novedades* se adhirió á lo que dijo el diputado progresista. *La Nación* guarda silencio.

El Amigo del Clero en su número de ayer publica la siguiente carta:

«Señor director del periódico *El Amigo del Clero*. MADRID, 23 de Febrero de 1866.—Muy señor mío y de mi aprecio: Desde que me encargué, por voluntad de mis superiores, de la censura de su periódico, he observado que tanto en nuestras entrevistas, como al borrar ó mudar algo en sus artículos, mi intención era poner á su periódico á la vista del Clero sin defecto alguno, al menos en las materias que se rozaban con la moral y doctrina católica.

Confieso con gusto, que casi siempre se ha conformado la redacción con mis advertencias; y si alguna vez no fué así, esto debió ser por inadvertencia y no por ella; pero en el último número del 22, no obstante que ya tenía Vd. carta mía en que le advertía no estaba conforme con los elogios dispensados al discurso del Sr. Castro en la Academia, se ha insertado un suelto en el que se le habla, aunque poco, del censor, sin haber yo visto dicho suelto, ni menos aprobarlo; en él se dice que «varios periódicos no omiten ocasión de atacar injustificable y apasionadamente á *El Amigo del Clero*» y el censor no está conforme con esto; también dice Vd. que «*El Amigo del Clero*, ni á quien le censura toca señalar los errores del discurso del Sr. Castro» á quien censura á *El Amigo del Clero* no toca señalar los errores del discurso del Sr. Castro, es verdad, pero le toca el censurar se le den en *El Amigo del Clero* elogios que este cree no merece por su discurso académico.

Espero de su imparcialidad hará publicar esta carta en su primer número como en desagradado, y una rectificación necesaria para que cada uno lleve lo que es suyo; pues de otra manera tendría necesidad de insertarlo en otros periódicos.

Queda de Vd. su atento S. y C. Q. B. S. M.

El censor, JUAN BOLANOS.

Después de insertar este documento, que confirma claramente la razón con que censuramos los intempestivos elogios tributados al Sr. Castro, como autor de un dañado discurso, por *El Amigo del Clero*, hace este periódico las siguientes declaraciones:

1.º Que es exacto que los dos sueltos en que hemos tratado de la recepción en la Academia de la Historia del Presbítero Sr. Castro, no los vió el señor censor eclesiástico, á quien sólo teníamos costumbre de enviar los artículos de fondo y de consulta del periódico.

2.º Que nos conviene dejar sentada una vez más que en nuestro propósito no ha entrado nunca elogiarnos la doctrina contenida en el discurso del nuevo académico.

3.º Que en las palabras subrayadas por el señor censor, no se alude á su persona, de quien siempre hemos recibido las mayores distinciones, sino única y exclusivamente á los periódicos que se consideraban con derecho á censurarnos.

Además de estas indicaciones que nos cumple hacer, y para dar por terminada esta nueva contienda, debemos manifestar, y esto es de grandísimo interés, que en lo sucesivo enviaremos á la censura eclesiástica, no sólo los artículos de fondo y de consulta, sino las noticias más insignificantes; garantía que no tendrá ninguna otra publicación de la índole de *El Amigo del Clero*; evitando por este medio nuevas interpretaciones que lastimen nuestros intereses, y contrasten los fines levantados de esta publicación.

De la lealtad y compañerismo de los diarios políticos que se han ocupado de este asunto, esperamos que se servirán reproducir estas francas y leales manifestaciones que ponen á cubierto la buena fe y el espíritu conciliador de la redacción de *El Amigo del Clero*.

Por su parte, al insertar las precedentes declaraciones *El Pensamiento Español*, tiene que hacer acerca de ellas las observaciones siguientes:

1.º Que no estima suficiente reparación del escándalo causado por *El Amigo del Clero* con sus elogios á una obra mala, el decir que no entró en su propósito elogiarnos las doctrinas del nuevo académico. Entrará ó no en su propósito, el hecho es que fué elogiado en razón de su perverso discurso el catedrático de la Universidad central por un periódico que se intitula *Amigo del Clero*. Ese elogio ha sido objeto, como era natural, de calurosas protestas de la prensa religiosa y aun del mismo censor del diario ensalzador del Sr. Castro. ¿Cómo reparar el escándalo? Confesando claramente haber obrado mal, siquiera sea por impremeditación, y unir la voz que fué favorable al error, unirla, decimos, al concierto de los escritores católicos que lo están desentrañando, y abominando de él en escritos que nadie ha contestado.

2.º Que por más digno de elogio que sea la resolución de *El Amigo del Clero* de someter á la censura eclesiástica hasta las noticias más insignificantes, no por esto llegará ni á igualarse ni á sobrepasar á las demás publicaciones que dice son de la misma índole. La censura eclesiástica es ciertamente una garantía contra los errores en que pudiera deslizarse el mencionado periódico, como cualquiera otro; más permitámonos añadir que hay en los escritos algo que se escapa en cierto modo á toda censura, un no sabemos qué de imperceptible, de indefinido, que carece de cuerpo, y, sin embargo, enerva la expresión de la verdad, deja seco el corazón é infunde en los escritos un espíritu que si no destruye, tampoco edifica. En las publicaciones religiosas no basta la inmunidad del error, es menester además que respaldada una adhesión viva y profunda á la causa de la verdad, á la Iglesia, á sus doctores más esclarecidos, á todas las instituciones y doctrinas que más ó menos directamente se enlazan con ella.

Sin ir más lejos en el mismo lugar donde *El Amigo del Clero* protesta de su estricta sujeción á la censura eclesiástica, nos presenta un ejemplo que declara nuestro pensamiento. Allí dice que por este medio «se evitarán nuevas interpretaciones que lastimen sus intereses», etc. Con que el escándalo de los elogios tributados á un académico en razón de sus malas doctrinas por un periódico sin consentimiento de la censura eclesiástica á quien ha obligado á protestar, son meras interpretaciones? ¿Es esta la confesión de las propias faltas que tan bien dice con el espíritu católico? Pues el traer á colación los intereses cuando se trata de la doctrina, no hay para qué decir, que aun cuando lícito, no es espiritual, ni edificante, ni siquiera concuerda con los fines levantados de dicha publicación.

Estas cosas son pequeñas, no lo negamos, pequeñas sobre todo en sí mismas, aunque más reparables en un *Amigo del Clero*; pero tras estas pequeñas faltas suele caerse en otras mayores, como está escrito; y como lo testifica el reciente escandaloso ejemplo de haberse elogiado en un escrito dirigido al Clero lo que era merecedor de censura en el orden de la doctrina. ¿Hubiera caído en tamaño desliz un periódico de verdadero espíritu católico? ¿Hubiera osado elogiar á un escritor en los momentos mismos que su escrito está siendo materia de impugnación de parte del escritor católico y de horror para los fieles? ¡Ah! esta ha sido una falta que depone con harta elocuencia contra el periódico que la ha cometido, y seguirá arguyéndole mientras no sea plenamente reparada por su autor.

Se han recibido de ayer á hoy los siguientes despachos telegráficos con noticias del Pacífico:

«SAINT-NAZAIRE, 28.—Ha llegado el correo del Perú sin noticias de Chile, por no haber llegado á tiempo el buque portador de la correspondencia de esta última república.

En la plaza de Lima se había proclamado con gran

de aparato el tratado de alianza ofensiva y defensiva con Chile en contra de España.

En Arequipa y otra capital del Perú ha estallado una sedición contra el Gobierno de Prado.

No hay noticias de la escuadra española. Se esperan por la mala de Southampton que llegará de un momento á otro.

París, 28.—Las noticias del Pacífico alcanzan al 25 de Enero.

Los españoles, chilenos y peruanos no habían empezado hasta entonces ningún combate, esperando unos y otros sus respectivos refuerzos.

De una carta de Filadelfia que publica el *Times* tomamos lo siguiente:

«Se hallan en Washington agentes del Gobierno de Chile con objeto de comprar buques con coraza para la armada de la república; pero sin que sus esfuerzos hayan obtenido resultados. El Gobierno de los Estados Unidos, dispuesto como se encuentra á mantener la más estricta neutralidad en la guerra, no venderá buques á ninguna de las partes contendientes. El comercio de España en el golfo de México se hace con grandes riesgos, por abundar en él los corsarios chilenos.

El Times ha publicado el texto del tratado de alianza ofensiva y defensiva, celebrado entre las repúblicas de Chile y el Perú y decreto del Gobierno de esta última declarando la guerra á España.

Por el primero se comprometen los Gobiernos contratantes á combinar sus fuerzas navales y á pagar por mitad los gastos que se originen. Las fuerzas estarán á las órdenes del Gobierno de la República en cuyos mares naveguen y al mando del jefe de más graduación ó del de más edad si hubiese dos de la misma. Sin embargo, añade un artículo, los Gobiernos de las repúblicas pueden de común acuerdo conferir el mando de las escuadras al oficial indígena ó extranjero que juzgue más á propósito para ello. Esto da por sí sólo una triste idea de la pujanza de aquellas escuadras y de la confianza que tienen los aliados en sus marinos.

El artículo más notable del tratado es el 5.º, por el cual las partes contratantes se comprometen á invitar á las demás naciones americanas á adherirse á aquel.

Según *La Crónica* de Nueva-York, en Lima se esperaba que Colombia seguiría el mismo ejemplo del Perú, y que los buques de guerra que trae el general Mosquera se unirían con los de las dos Repúblicas.

Colombia cuenta entre todos sus habitantes unos 2.200.000. Tiene escasísima marina, y una fuerza militar de 19.000 hombres, en su mayoría de milicias.

Según las últimas correspondencias de Lima, el día 16 de Enero publicó el Sr. Pacheco un largo manifiesto de los motivos que han inducido al Perú á declarar la guerra al Gobierno de España.

Por decreto de aquel Gobierno se ha prohibido el embarque de españoles en los puertos peruanos, sin pasaporte.

Además se ha prohibido á los españoles residentes en Lima que salgan al extranjero y se les manda presentarse para ser matriculados.

Se asegura, según *La Correspondencia*, que el Gobierno español va á responder á la declaración de guerra del Perú con un *memorandum* destinado á hacer conocer la conducta de esa Potencia y los esfuerzos que ha hecho la corte de Madrid para sostener la paz.

La Crónica de Nueva-York llegada por el último correo, publica las siguientes noticias que prueban la mala fe con que Chile procede:

«Según nos han manifestado algunos pasajeros llegados del Perú, en el Cilio circulaba muy valida la noticia de que tan luego como en Valparaíso se supo lo de la *Covadonga*, el cuerpo diplomático se dirigió al Sr. Covarrubias y le echó en cara la mala fe con que había procedido Chile, pues se había convenido en que no se romperían las hostilidades ni por una ni por otra parte hasta que el jefe español recibiera las instrucciones que había pedido á su Gobierno. Decían que los ministros de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos fueron los que más recomendaron el mal proceder de Chile y dieron al Sr. Covarrubias que en adelante no contara con la cooperación de sus Gobiernos para el arreglo de la cuestión con España. Agregase que el ministro chileno se había afectado tanto, que estuvo gravemente enfermo, y aun se decía que había muerto.»

Un periódico ha dicho que la escuadra española del Pacífico tiene orden de regresar á España sin esperar la paz, luego que haya destruido, si le es posible, la escuadra enemiga.

La Correspondencia dice secamente: «no es cierto. Bien pudiera suceder que no viniera la escuadra á España, pero sí que se quedara en Montevideo á recibir órdenes.»

Nos han llamado la atención las siguientes líneas que publica *La Epoca*:

«Cartas de Gibraltar, comunicadas á los periódicos ingleses, hablan de un buque inglés, que hacia el comercio con los Estados berberiscos, ha sido capturado frente al cabo Espartel, en las costas de Marruecos, por un guarda-costas español el 15 de Enero. Las cartas referidas dicen que la *Inglaterra* consideraba ilegal la captura, y que el comandante inglés había hecho las reclamaciones convenientes; pero las mismas confían que podrá aprobarse la captura, toda vez que el buque inglés llevaba un cargamento de contrabando ó de municiones de guerra.»

CORREO DE FILIPINAS.

Se han recibido cartas y periódicos de aquellas islas; hé aquí lo más importante que encontramos en las unas y en los otros.

Según parte del comandante de la división de fuerzas sutiles del Sur de aquel archipiélago, los buques *Panay* y *Pampanga* del Gobierno español habían ametrallado y destruido varios salicpines en que hacían sus piraterías los moros de aquellas islas, llegando á apoderarse de una de estas barcas moriscas, y de dos cautivos que fueron conducidos á Manila.

Se había hecho cargo de la secretaría del gobierno superior civil de Manila el señor don Pablo Ortega y Rey, director de administración local.

El Ilmo. señor Arzobispo de aquella diócesis, aun no repuesto de las fatigas y el cansancio que le había ocasionado su visita diocesana, se ocupaba en los últimos días de Diciembre del finado año en conferir los respectivos grados clericales con motivo de las témporas de Navidad.

Por el gobierno superior civil de Manila habían sido nombrados los regidores que han de sustituir á los que cesan en su cargo después de haberle desempeñado durante el bienio último.

A la salida del correo no ocurría novedad en aquellas islas.

Por Real orden de 22 de Febrero de 1886 ha sido aprobado el proyecto de las obras de explanación del terreno, en que ha de construirse la cárcel de esta corte, y cuyo presupuesto asciende á la cantidad de 120,622 escudos 830 milésimas. Asimismo se ha autorizado la ejecución de dichas obras por contrata y se ha dispuesto que la pública licitación tenga lugar en la dirección general de establecimientos penales el día 20 de Marzo próximo bajo el expreso tipo.

Por fin se ha llevado á efecto de cualquier manera la traslación de los felatos que estaban en las puertas de Madrid, al otro lado de los puentes en unos puntos, á las principales carreteras en otros, y á gran distancia todos de lo que constituye hoy verdaderamente la población. Y decimos de cualquier manera, en primer lugar, porque no está abierta aun, ni se abrirá todavía en algunos años la zanja ó foso que ha de impedir el paso á los defraudadores de los intereses de la Hacienda por los sitios más apartados de los felatos y más fáciles de escapar á la vigilancia de los carabineros; en segundo, porque á pesar de ser gente nueva toda la que entró ayer tarde á hacer el servicio del antiguo resguardo, no se la ha instruido de antemano y durante tres ó cuatro días en el desempeño práctico de sus funciones; y tercero, porque ni aun las medidas preventivas indispensables para el desahucio de algunas casas, en donde se tenía dispuesto establecer los felatos se habían tomado, llegando á suceder en la casa de la *Alegria*, según nos aseguran, que el destacamento de la Guardia civil allí acuartelado, se negó á entregar el local á los empleados de la Hacienda, por no haber recibido orden alguna para ello, y admitió, sólo como un favor, en dicha casa los utensilios y mueble de felato.

Basta por hoy: otro día enumeraremos los nuevos perjuicios que se irrogan al contribuyente por la nueva forma y términos en que se le exige el pago del derecho de consumo.

Hé aquí el curioso estado presentado por el Gobierno al Senado de las denuncias de periódicos hechas en Madrid por los delitos comprendidos en los números 1.º y 2.º de los arts. 24 y 27 de la ley vigente de imprenta desde su promulgación hasta la fecha:

Las Novedades.	11
La Discusión.	17
La América.	1
La Democracia.	26
La Nación.	3
La España.	2
La Iberia.	40
El Ancla.	6
La Política.	4
El Diario Español.	6
La Soberanía Nacional.	3
Gil Blas.	9
El Pueblo.	9
La Patria.	3
La Regeneración.	15
La Esperanza.	1
El Pensamiento Español.	2
El León Español.	1
El Español.	1
Las Noticias.	1
La Salud Pública.	2
La Bolsa.	1
La Libertad.	1
La Verdad.	1

Periódicos, 24. 173

De estas denuncias han terminado 49; se ha sobrepuesto en 24; se han archivado 24; hay pendientes 50, y 29 falladas en primera instancia.

Las denuncias amistiadas fueron: cuatro de *La Democracia*, dos de *La Iberia*, una de *La Patria*, una de *La Nación*, una de *La Libertad*, una de *El León Español* y una de *La Verdad*, sin que de los datos que han servido para formar la presente relación pueda deducirse en qué estado de trámite se encontraban á la publicación del Real decreto de amnistía.

A las tres de la madrugada de ayer se prendió fuego en la tienda de comestibles sita en la casa núm. 46 de la calle de Tulescos, terminando á las cuatro, sin que haya que lamentar desgracia personal alguna, y sin que las pérdidas hayan sido de consideración; merced á la prontitud con que asistieron las autoridades del distrito y los mangoseros de la villa.

No sucedió lo mismo anteayer en la casa número 14 de la calle de Velarde, donde, habiéndose incendiado los vestidos á una mujer que estaba durmiendo, pereció la infeliz entre las llamas.

Otro incendio estalló anteayer por la tarde en un piso bajo de una casa sita en la calle de Gonzalo de Córdoba, á causa de haber prendido fuego dos niños á un montón de paja. Dicho incendio fué dominado por dos mangoseros, sin que fuera necesario tocar.

Los guardias núms. 345 y 374 libraron de la muerte á una niña de dos meses que estuvo á punto de ser presa de las llamas.

Parece que antes del verano próximo se colocarán fuentes ó baños de vecindad en diferentes puntos de los barrios de Embajadores, Toledo y Puerta de Moros donde al efecto se han colocado las cañerías. Nos parece muy acertada esta disposición, por ser aquella parte de Madrid donde más escasean las aguas.

Anteayer tarde fué atropellado por un coche de propiedad particular en la Puerta del Sol, un caballero, que sufrió dos fracturas en una pierna y varias contusiones, por lo que fué conducido á la Casa de Socorro del quinto distrito, donde se le hizo la primera cura. El coche fué detenido y puesto á disposición de la autoridad competente.

La sociedad artística-musical de los Moros, que no ha podido organizar este año los conciertos clásicos que ha celebrado en otros anteriores en el Real Conservatorio de Música, deseando minorar la baja de ingresos que por esta causa ha sufrido la caja social, tanto más sensible, cuanto que en

este año, por efecto del cólera, ha tenido que atender al alivio de mayor número de necesitados, ha dispuesto celebrar uno el próximo sábado 3 del corriente, en el salón del expresado Conservatorio.

En él tomarán parte muchos artistas distinguidos, como son los señores Monasterio, Casella, Romero, Mendizábal, Zabalza y otros, y se ejecutarán algunas composiciones de nuestros tan notables como Bethoven, Meyerbeer, etc.

El precio de cada billete, será: á 20 rs. los de salón y á 10 los de tribuna.

De las 35 provincias que han sufrido más ó menos intensamente los funestos efectos del cólera-morbo en el año próximo pasado, sólo las de Alicante, Alicante, Avila, Badajoz, Córdoba, Murcia, Sagovia y Tarragona han remitido los estados que se les había encomendado por la dirección de Sanidad, en los cuales había de constar el número de invadidos, curados y fallecidos. En esta atención se ha dirigido una nueva circular á los gobernadores de las provincias morosas, para cumplimentar este servicio y llevar á efecto la formación de la estadística del cólera en toda España.

Apostaríamos cualquier cosa á que no se consigue por este medio saber en poco ni en mucho la verdad. Estadística, y estadística de invadidos, curados y fallecidos.

Una de estas últimas tardes se le disparó el fusil á un soldado del regimiento de Iberia, que está de guarnición en Zaragoza. El arma se le cayó al suelo haciendo el ejercicio, y otro infeliz soldado le atravesó la bala ambos muslos, penetrando por el tobillo y saliendo por la punta del pie de otro compañero que se hallaba á mayor distancia.

ULTIMA HORA.

SENADO.

El senador progresista Sr. D. Cirilo Alvarez pronuncia un largo discurso contra la totalidad del proyecto de ley relativo á imprenta.

CONGRESO.

Después del sorteo de las secciones se entró en la orden del día y fué aprobada el acta del progresista Sr. Alonso, que tiene un mes de término según el reglamento para tomar ó no asiento en el Congreso.

El conde de San Luis toma la palabra. Su discurso no ha promovido hasta ahora tempestad alguna. La concurrencia es grande y el orador es escuchado con gran silencio.

CÓRTEES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR DUQUE DE LA TORRE.

Extracto de la sesión celebrada el día 28 de Febrero de 1886.

Se abrió á las dos y cinco minutos, y leída el acta de anterior, fué aprobada.

ORDEN DEL DIA.

Renovación de las secciones.

Verificado el sorteo, dijo el Sr. PRESIDENTE: Continúa el debate pendiente sobre el proyecto de ley relativo á la reforma de varios artículos de la ley de imprenta vigente.

El Sr. INFANTE: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. INFANTE: Es únicamente para decir que la comisión se ha reunido, y después de largas conferencias ha acordado redactar el art. 3.º del proyecto de ley en la forma que va á oír el Senado.

Ocupando la tribuna el señor secretario Sanchez Silva, leyó el art. 3.º nuevamente redactado en la forma siguiente:

«El que injurie gravemente ó calumnie á un senador ó diputado por las opiniones manifestadas en el Senado ó en el Congreso, ó á los ministros de la Corona ó á otra autoridad ó á motivo del ejercicio de sus cargos, puede ser perseguido de oficio ante los tribunales ordinarios, y será castigado con las penas señaladas en el primer párrafo del art. 193 del Código penal.

Las injurias menos graves se castigarán con la pena señalada en el segundo párrafo del mismo artículo, y sólo serán perseguidas á instancia de parte.

Faundo Infante.—Juan de Chinchilla.—El marqués de Corvera.—El conde de Vega Mar.—Manuel de Guzmán.—Manuel Sanchez Silva.

El señor marqués de CORVERA empezó protestando de su autor á la institución de la prensa, y de las consideraciones con que trató á los periodistas mientras fué gobernador de Madrid.

Ocupándose del proyecto de ley, dijo que tenía por único objeto el ensanche de los delitos que se han de conocer por la jurisdicción ordinaria; y que la comisión, al creer que debía derogar el art. 19 de la ley, por el que se exigía la firma del autor tuvo presente la opinión de que sólo el editor es y puede ser el responsable de todo lo publicado en un periódico, toda vez que otro cualquier procedimiento en esta materia tiene que ser de estériles resultados. Al concluir, se reservó hablar en contestación á los señores senadores que combatieron el proyecto.

El Sr. CORRADI obtuvo la palabra en contra y empezó manifestando su creencia de que la ley de imprenta, tal como la proponen la comisión y el Gobierno, será una especie de monstruo, un cien pies en que se hallarán envueltos en confusión babilónica la previa censura con el derecho de denuncia y varios principios opuestos completamente.

Hizo un deslinde de los dos sistemas preventivo y represivo en su aplicación á la imprenta, y dedujo que perteneciendo cada uno de estos sistemas á una escuela política determinada, no podían amalgamarse sin presentar un conjunto tan heterogéneo como el que ofrecía la obra de la Unión liberal.

Respecto del secuestro de los periódicos, dijo que era lo mismo que quitar el hombre sus facultades ordinarias. La ley vigente autoriza el secuestro, que no es otra cosa que la esclavitud del pensamiento, la negación de la independencia del hombre, la contraposición más grande que puede hallarse con el art. 2.º de la Constitución, que dice que todo español puede publicar é imprimir libremente sus ideas sin previa censura. La imprenta es, dijo, la facultad de hablar que tienen todos los hombres, es la facultad de hablar por medio de signos tipográficos, es la lengua universal en una palabra; las leyes no pueden quitarle nadie el derecho de hablar, y del mismo modo no deben coartar la libertad más amplia del escritor.

Dijo que en los Estados Unidos la libertad de imprenta es un derecho natural, como el de moverse y andar; manifestando que en Inglaterra después de algunos siglos de encadenamiento se había llegado al sistema que defendía S. S., sistema el más á propósito á todo país regido por instituciones representativas;

y se declaró partidario del juicio por jurados para toda clase de delitos que puedan cometerse por medio de la imprenta, porque esta es una institución.

Atribuyó los estravíos de la prensa, alocada hoy á cuestiones personales más que á cuestiones de principios, á la circunstancia de regir los destinos de la nación Gobiernos de partidos, ó de fracciones, pero nunca Gobiernos nacionales que es lo que hace falta en este país.

Ocupándose del discurso del Sr. Pastor, manifestó que no podía seguirle en todas sus consideraciones; pero sin embargo hizo algunas encaminadas á combatir en detalle algunos de los artículos del proyecto.

Tratando la cuestión más en abstracto, dijo que en vano se le puede pedir á la prensa un comodimento que no existe en las regiones del Gobierno cuando estamos amenazados de una dictadura ó de una revolución; y terminó exponiendo el modo de moralizar la prensa y corregir sus estravíos.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Comenzó el Sr. Corradi citando cuatro versos que no sé á propósito de qué venían, pues á mí no me ha costado dinero el actual proyecto de ley.

«Pero también que me confiese quiere

Que es tanta la verdad de su mentira,

Que en vano á competir con ella aspira

Belleza igual de rostro verdadero.»

que me parece hacen más al caso, pues la verdad-

mentira del proyecto que impugna el Sr. Corradi vale

más en el fondo que el discurso que acaba de pronun-

ciar S. S.

Por lo demás, el principal objeto del Sr. Corradi

hoy ha sido combatir la actual ley de imprenta, en

cuya confección yo no he tenido parte. Sin embargo,

haré algunas indicaciones en contestación á las de su

señoría. Desde luego no sostendré que la recogida

previa sea conforme á la Constitución del Estado,

pero es un hecho que ningún partido, incluso los le-

gisladores del año 20, han dejado de aceptarla. En

cuanto á la prensa en sí, no puedo menos de declarar

que no es una institución, y que esta palabra de que

se usa generalmente es inexacta; esto no quiere de-

cir que yo crea que no es una profesión digna y res-

petable, y por lo tanto en mi discurso anterior no la

he dirigido ofensa alguna, ni he negado á los escritores

la cualidad de valientes, como ha indicado el señor

Corradi, pues lo que dije fué que ciertas personas han

disfrutado de inmunidad en la prensa sólo porque

fundaban el derecho que creían tener para que no

hablaran de ellos en la espada y la pistola.

Entrando ya en el fondo del discurso del Sr. Cor-

radi, diré que S. S. ha hecho grandes elogios de la

idea. No puedo seguir á S. S. en todas sus considera-

ciones; pero sí haré observar al Senado que hay gran

debate sobre si el hecho es anterior ó posterior á la

idea, y recuerdo á este propósito el monólogo que po-

ne Goete en boca del protagonista del *Fausto*, el cual

resuelve la cuestión diciendo que lo primero fué el

hecho. En efecto, todas las ideas que han producido

cambios sociales han sido resultado de hechos ante-

riores. Ahora bien: claro es que la idea, la opinión no

es combatible, pero se persigue su expresión exterior,

y cuando perturba la tranquilidad pública ó ataca á

los particulares, entonces debe ser castigada.

Añade sin embargo el Sr. Corradi que no son nece-

sarias las leyes especiales de imprenta, porque todo

lo que disponen se halla contenido en el Código penal.

Pues bien: el hecho no es exacto, porque en primer

lugar el Código no comprende, sino que excluye ter-

minantemente los delitos de imprenta, y además en

la escala de delitos que establece desde el delito con-

sumado hasta la proposición no está incluido el ver-

dadero lugar de los que se cometen por la prensa, to-

da vez que un artículo ni siquiera es un consejo, una

incitación al delito. Habría, pues, que reformar el

Código, ó establecer, como se ha verificado, una le-

gislación especial de imprenta.

Pero hay algunos delitos cometidos por este medio

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RÍOS Y ROSAS.

Extracto de la sesión celebrada el día 28 de Febrero de 1866.

Abierta á las tres, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

Quedaron sobre la mesa la relación de los distritos militares declarados en estado de sitio, la de los sargentos é individuos de tropa destinados á Ultramar y la de las sociedades de crédito existentes.

Igualmente quedaron sobre la mesa el expediente sobre la separación del alcalde de Palencia, y el dictamen de la comisión de actas proponiendo la admisión del Sr. D. Juan Bautista Alonso.

Se anunció que los Sres. Lorenzana y Coronado no podían asistir á las sesiones por hallarse enfermos.

El Sr. VALVERDE: Presento una exposición de vecinos de Cádiz pidiendo se declare que las presas de 1804 y 1805 fueron las llamadas á liquidación por la ley de 1851.

El Sr. NOCEDAL: En el Extracto de ayer he visto que el señor ministro de Estado se quejaba de que no era exacta la traducción de la Constitución apostólica de Gregorio XVI que lei. Como no quiero pasar por hombre capaz de producir documentos inexactos, traigo aquí la Constitución original suscrita por los Cardenales Pacca y Bernetti, que entregué al señor presidente para que todos puedan ver que la traducción que lei es exacta.

El señor ministro de ESTADO: Debo decir mi amigo el Sr. Nocedal que no he calificado de inexacta con referencia al texto latino la traducción. Lo que dije fué que no había leído ese documento, y como se ponía (por la equivocación que S. S. explicó ayer, y me ha satisfecho completamente, sin que de ello resulte cargo á los taquígrafos, ni al redactor ni á su señoría), como se ponía, repito, en mi discurso ese documento, comparé esa traducción con la que obra en mi poder, y hallé diferencias; porque realmente una traducción puede diferir de la hecha por otra persona, sin que por eso se entienda adulterado el texto.

ORDEN DEL DÍA.

Contestación al discurso de la Corona.

Continuando esta discusión, dijo El Sr. MON: Jamas me he levantado á hablar con tanto sentimiento. El giro que ha dado á su discurso el señor ministro de Estado me pone en el deber de rectificar ciertos hechos. El señor ministro de Estado dijo que no se comprendía que yo, que tenía opiniones casi tan exageradas como el Sr. Nocedal, pudiese continuar en la embajada después de haber determinado el Gobierno reconocer el reino de Italia, y que en sus cartas me dijo esto.

Yo no había mencionado esas cartas. Cuando supe el nombramiento del nuevo Gobierno, presenté mi dimisión; el señor ministro, en carta confidencial, me rogó la retirase, y luego la reprodujo cuando supe la manera con que se había reconocido el reino de Italia.

Yo no he provocado esta discusión; ahora voy á leer la dimisión que hice. ¿Tiene S. S. inconveniente en que la lea?

El señor ministro de ESTADO: Ninguno.

El Sr. MON: El 21 de Junio por la tarde recibí un telegrama anunciándome el nombramiento del nuevo ministro. Contesté que le había recibido, y que escribía por el correo. Al día siguiente escribí dos cartas: la Sr. Bernáudez de Castro. «Sensible es, decía en la primera, que después de haber estado asociados tantos años, la vez primera que es Vd. ministro de Estado tengo yo que presentar la dimisión del cargo que ejerzo....»

Esta carta, que estaba escrita de mi puño y letra, es la que S. S. llama confidencial, y yo creo que es la verdadera dimisión. La otra carta decía:

«Por telegrama de ayer he sabido que S. M. ha llamado á sus consejos un nuevo ministro de que usted forma parte como ministro de Estado.... Entre las personas que forman un Gobierno y los que ocupan altos puestos no debe aparecer ningún desacuerdo.... No podemos Vd. y yo ocultarnos que en estos últimos años, aun conviniendo en principios políticos, puede haber habido diferencias entre nosotros. Por eso me atrevo á rogar ponga respetuosamente á los pies de S. M. la dimisión de mi cargo....»

Yo, señores, creí que esta dimisión era bastante. ¿Qué le falta? ¿Papel sellado? No le hay en París. ¿Decir en vez de Sr. D. Manuel Bernáudez de Castro, Excelentísimo señor ministro de Estado? Si alguna falta tenía la dimisión en las relaciones que mediaban entre su señoría, ¿no cabía que me hubiera escrito confidencialmente diciéndome: subsane Vd. esa falta? ¡Ah, señores! El ministro, en vez de esto, no admite mi dimisión; está tres días sin decirme nada, y el 27 me envió dos cartas, una escrita tres horas después de la otra. Decía la primera:

«Jamás hubiera yo podido imaginarme que tendría que admitir la dimisión de Vd.... No puede ser juez de sus motivos: sólo sé que me será sensible tener que aceptarla; así es que me he tomado la libertad de no dar cuenta de ella al Consejo de ministros hasta ver si Vd. insiste, y entre tanto le ruego la retire etc. etc.»

A esta carta acompañaba otra que decía:

«Escribí á Vd. esta mañana tan de prisa, que casi no me acuerdo de lo que decía. Espero que Vd. me dispensará que no haya dado cuenta de su dimisión al Consejo de ministros, pues una vez dada cuenta no podría menos de admitirla. Pero yo no me permito sobre este punto ningún consejo, ni aun insinuarle un deseo. Vd. sabe lo que debe hacer en su delicadeza; y cualquiera que sea su resolución, le ruego que me la comunique por telegrafo. El despacho que traslado á Vd. le enterará de la nueva faz de la cuestión de Italia.»

El Congreso habrá visto que el señor ministro se hace cargo de mi dimisión, y que no se le ocurre dificultad alguna sobre la forma en que estaba redactada. Los señores que han tenido relaciones con los Gobiernos extranjeros saben el conflicto en que se halla un embajador cuando circunstancias políticas le obligan á dejar su puesto. Los Emperadores sabían que me iba; preguntaban, ¿por qué? Porque ha entrado en los negocios el duque de Tetuan. ¿Pues no ha sido usted antes embajador durante el Gobierno del duque de Tetuan? ¿Qué negocios se han de tratar mudando de representantes cada 15 días?

Todos saben que yo estoy más dispuesto á dejar un cargo que aceptarlo. Sin embargo, entonces creí hacer un sacrificio á mi país continuando en el que desempeñaba, y escribí al momento la carta siguiente:

«Hice mi dimisión por consideraciones de delicadeza; pero estoy dispuesto á hacer todos los sacrificios compatibles con altos deberes para evitar el mal efecto que aquí puede causar la mudanza continua de embajadores.»

Señores, ¿se duda de ese mal efecto? ¿No lo ha visto S. S. consignado en las palabras del Emperador al recibir al embajador que me reemplazaba?

Pero si el señor ministro sabía, como dice ahora, que yo era incompatible con el duque de Tetuan y sus amigos, ¿por qué no me admitió desde luego mi dimisión? Siento que S. S. no diese cuenta de ella al Consejo de ministros. En su posición yo no hubiera tardado en darla. Dice S. S. que no lo hizo porque sabía que el Gobierno la admitiría: yo no lo dudaba; lo había dicho además, como parte de su programa, el señor presidente del Consejo de ministros al afirmar que, no rehusando á nadie, admitiría sin embargo las dimisiones que se presentaran.

Yo no sé qué pasó aquí entre la primera y la segunda carta del señor ministro.

Algun tiempo después recibí un despacho del señor ministro de Estado, en que toda cordialidad desaparecía, y en que se me trataba como no se ha tratado nunca á un embajador. Entonces me convencí de que el Sr. Bernáudez no me quería en la embajada. Estaba yo, sin embargo, amarrado, no por ambición ni por intereses personales, sino por el interés público. El día 4 de Julio me decía el Sr. Bernáudez de Castro:

«He recibido su apreciable, en que me explica los motivos que ha tenido para no llevar á efecto la dimisión que me anunciaba en sus dos cartas particulares (primera vez que S. S. trata de cartas particulares aquellas comunicaciones); y como esto puede dar lugar á una mala inteligencia y á ponerle á Vd. en una mala posición, necesito darle algunas explicaciones. Desde la formación del ministerio creímos que no podría Vd. continuar en ese puesto. En estas circunstancias llegó su carta de Vd. particular anunciándome su dimisión: no era oficial, y me creí dispensado de dar cuenta al Consejo, etc.»

A esta carta contesté decidido á acabar de una vez este asunto, diciendo:

«Tengo muy poco que decir á su carta de Vd., y me limito á recordarle que al saber el advenimiento del nuevo ministerio envié á Vd. mi dimisión, á la cual no faltaba formalidad ninguna. Ahora dice usted que al rogarle que la retirase trataba Vd. de inducirme á insistir en ella. Siento que haya Vd. empleado tantas frases para no ser sincero....»

Llegó en esto el reconocimiento del reino de Italia; y para que se viese en Europa que no era un motivo ligero el que me separaba del Gobierno, sino una disidencia real y verdadera de opinión, fundé mi dimisión en esa disidencia. El señor ministro me contestó que había continuado siendo embajador aun después de saber ese paso que el Gobierno iba á dar. Yo había continuado reservándome presentar mi renuncia después, hasta ver si se realizaba lo que el Gobierno decía que quería conseguir: conciliar, por medio de negociaciones, los intereses de la España como país constitucional con el más eficaz apoyo dado á la causa de la Santa Sede. Había negociaciones; y así lo ha dicho el señor ministro de Estado, y yo quería motivar mi dimisión de manera que la dignidad de mi país quedara á la altura correspondiente.

Dice el señor ministro que yo he hecho al Emperador de los franceses autor de lo que sé que catolicismo en Italia. Señores, yo, que reconozco sus talentos, que admito su benevolencia á los Reyes extranjeros, y para con S. M. la Reina que le ha encontrado siempre propicio, y que declaro y reconozco que á él se debe la paz de Europa, ¿cómo le había de hacer responsable ni menos autor de ninguno de los males de Italia? Al contrario: tengo la esperanza de que en él encontrará la Santa Sede una segura garantía de sus derechos, y de que el mismo duque de Tetuan hallará toda la benevolencia que necesite para salir de todos los conflictos. Pero si hay algo mal sonante en lo que he dicho ó que pueda parecer en lo más mínimo ofensivo á ese elevado personaje, yo soy el primero en retirarlo, declarando que no ha estado de manera ninguna en mi intención.

Lo que yo he dicho es que el señor ministro de Estado y yo no hemos podido convenir en las garantías que daba al poder temporal la convención de 15 de Setiembre. Yo no la creía suficiente; y habiendo enunciado esta idea al señor ministro de Negocios extranjeros de Francia, me dijo que propusieramos sobre ese punto lo que tuviéramos por conveniente. Yo participé esta contestación al Gobierno.

No se supo la convención del 15 de Setiembre hasta quince días después de firmada; á haberlo sabido antes, hubiese procurado obtener alguna ventaja en favor de nuestras ideas, aunque hubiera tomado sobre mí la responsabilidad de los acontecimientos que este es á veces el primer deber de un embajador.

El señor ministro de ESTADO: El Sr. Mon ha leído la correspondencia que ha tenido conmigo; pero cuando yo recibí sus cartas particulares, entendí que su dimisión no era seria, porque es costumbre hacer esas dimisiones cuando entra un ministerio nuevo. En mi contestación le indicaba que, vista su dimisión por el Consejo de ministros, no podría menos de admitirla. ¿No comprende cualquiera que esta insinuación era bastante? Pues todavía tuve que decirle que su continuación en la embajada era imposible. Dice su señoría que aguardaba las negociaciones. Las negociaciones se hacían con Florencia y no con París. Si S. S. se reservaba para ver cómo se hacía el reconocimiento, hubiera dejado su dimisión en suspenso; pero no hizo eso, sino que la retiró, y luego quiso darle carácter político, cuando desde el 20 de Junio al 12 de Julio ningún acto político del Gobierno podía dar motivo á disidencia.

Ha dicho S. S. que no era ministro en 1849. Aquí está la Guía de Forasteros: entró en el ministerio en Agosto de 48. Cuando se formó la Guía en el ministerio estaba, y no puso en ella á la familia de Orleans.

Dijo S. S. que el Gobierno francés no quería contestar á nada, porque se quería el catolicismo y la catástrofe. Si en esto S. S. no llevaba intención de inferir agravio al Emperador de los franceses, y lo le ruego que otra vez explique más claramente su pensamiento.

El Sr. OROVIO usó de la palabra para una alusión personal, y defendió los actos del ministerio Narvaez, del que formó parte, diciendo que el partido moderado se había puesto al lado del Gobierno en los momentos críticos para el orden público, lo cual no había hecho la Unión liberal cuando la noche de San Daniel.

Dijo que la revolución moral, origen de la materia,

la habían hecho en la prensa, en el Parlamento y en la cátedra personas cuya intención no culpaba. Recordó que para vencer la sublevación material el Gobierno había tenido que rasgar su bandera empleando medios represivos de todo género, contentiendo la prensa, cerrando los círculos, etc.

Defendió la subida del plus á los soldados, hecha por el ministerio del duque de Valencia.

Dijo que el abandono de Santo Domingo fué una medida necesaria y útil á la nación, rechazando lo dicho por el Sr. Nocedal de que esta abandono era una de las causas de nuestro desprestigio en América.

Rechazó el cargo de que el ministerio del duque de Valencia había caído porque no pudo resistir á la opinión pública, que no estaba á su lado, asegurando que la representación legal de la opinión pública estaba en el Parlamento, y en él el ministerio anterior tenía gran mayoría. Además la prensa, otro de los medios de expresión de la opinión pública, estaba entonces libre, mientras que el Gobierno actual la ha tenido que sujetar á la autoridad del capitán general.

Dijo que la intentada sublevación de Valencia no tuvo importancia, en comparación con la última verificada, ni las medidas tomadas entonces con las que se ha visto precisado á adoptar el Gobierno en las actuales circunstancias.

Aseguré que el ministerio del duque de Valencia presentó su dimisión tan pronto como creyó que le faltaba la confianza de la Corona.

En la cuestión de instrucción pública combatió los cargos que había dirigido al Gabinete Narvaez, sosteniendo que obró legalmente al formar expediente á algún catedrático.

Dijo que el partido moderado no hubiera resuelto la cuestión romana como lo ha hecho el Gobierno de la Unión liberal, sino de un modo más conforme con los derechos del Pontificado, y al efecto citó las negociaciones que aquel Gobierno sostuvo con otras Potencias extranjeras sobre esta cuestión.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Señores, empezaré por ocuparme de un cargo que el señor Orovio ha dirigido al señor ministro de la Gobernación, que no se halla aquí porque se encuentra cumpliendo con su deber en el otro Cuerpo colegislador. S. S., con motivo de haber dicho el Sr. Posada Herrera que el ministerio del señor duque de Valencia cayó por no tener apoyo en la opinión, pregunta dónde buscaba esta opinión. Pues yo creo que lo que decía el Sr. Posada Herrera fué que aquel Gobierno cayó porque faltaba homogeneidad en los que le componían.

S. S. nos hace cargo de haber rasgado la bandera de la Unión liberal que enarbolamos en la oposición; pero ¿es esto cierto? No: yo no retracto ni una sola de las palabras que he pronunciado en el otro Cuerpo colegislador combatiendo al Gobierno del señor duque de Valencia. ¿No he visto yo con motivo de los sucesos del 8 y 10 de Abril, que si había resistencia formal el Gobierno estaba en su derecho y cumplía con su deber manteniendo el orden público por medio de la fuerza? ¿No dije yo que no hablaría en esta cuestión si el Gobierno creía que podía haber peligro para el orden público?

Hay una diferencia entre la política de SS. SS. y la nuestra. SS. SS. quieren medidas represivas antes de que estalle la rebelión, y nosotros no queremos reprimir hasta que la rebelión haya estallado.

No saben aun esos señores de enfrente que cuando vino al poder este Gabinete había ya partidos que se agitaban fuera del orden legal. Pues eso ya lo había declarado el ministerio del duque de Valencia. Había un partido que ya había roto la rebelión de Aranjuez y Ocaña, y yo me alegro de que esté presente el Sr. Figuerola para que pueda manifestar, si le cree conveniente, que el partido progresista no ha sido el que ha invitado á la rebelión, cosa que yo debo creer, cuando en un documento que, aunque claudesino, ha circulado mucho por Madrid, dice un general muy notable y que ocupa un puesto importantísimo en el partido progresista, que ese partido le escogió para que diera el primer grito.

¿Qué había de hacer el Gobierno cuando se le declaraba la guerra con las armas en la mano? Aceptarla lo mismo, y no dejar esta situación mientras se le dijera, como en ese documento se le dice, que la cuestión está pendiente. Pero que diga el partido progresista que no tiene parte en esos sucesos; que lo declare así en ese nombre, aunque sea sin probarlo, el señor Figuerola, y ya vereis, señores diputados, que pronto cesa el estado excepcional.

S. S. dice que la prensa se ha sujetado al capitán general; pero es indudable que esto ha de suceder en el estado de sitio, y sin embargo, el Gobierno no ha estado duro con la prensa. ¿Qué ha hecho el Gobierno? Ha cuidado de que los tribunales aplicasen las leyes.

Dice S. S. como nosotros cuando éramos ministros teníamos la recogida (que nosotros creemos es la previa censura prohibida en la Constitución), hemos estado blandos con la prensa hasta el punto de dejar pasar graves ataques á la Monarquía. Nosotros hemos hecho aplicar la ley represiva; y oídos los acusados, ha recaído sentencia, y muchos editores van saliendo para los presidios á cumplir las justas condenas que se les han impuesto. El resultado ha sido más lento; pero se ha cumplido la ley, y el atentado no ha quedado impune.

Se nos ha dicho que yo como soldado vengo siempre á pedir sacrificios en favor del ejército. Yo quiero al ejército: cómo no le he de querer? Pero cuando aquí propongo la fuerza que he de tener, no miro los intereses del ejército.

El ministro de la Guerra, colega del Sr. Orovio, pedía el año pasado 100,000 hombres, y su presupuesto era mayor que el que yo he presentado. Su señoría dice: el duque de Valencia propuso el aumento de 100 rs. á los subalternos y 10 rs. á los soldados: eso lo hemos hecho nosotros, dice S. S., al ejército; ¿qué leo el duque de Tetuan si por ello nos hace un cargo. Yo no he hecho tal cargo: yo comprendía que el haber del soldado era corto; pero ante la idea de aumentar el gasto del Tesoro yo dudé, y eso prueba que miro por el contribuyente. Pero ya eso hecho y sancionado, yo no lo voy á quitar; haría cuestión de Gabinete el no quitarlo. Y no se crea que ha sido corto el aumento, pues pasa de 30 millones por ese concepto.

Señores, yo le veis; se os aconseja economías: pero se tiene siempre cuidado de decir aquí: nosotros somos los amigos del ejército; nosotros los que aumentamos la paga.

Ha preguntado S. S. si podía yo dar seguridades al país sobre su tranquilidad. Se me hace un cargo por haber afirmado en la legislatura pasada que no corría riesgo la tranquilidad, y haberse esta turbado sin embargo. No hay nadie que pueda asegurar que en un plazo dado no se alterará el orden; menos podía yo asegurarlo cuando sabía que se conspiraba.

Lo que dije fué que no peligraba ni peligrar los grandes intereses sociales, porque el Gobierno tiene la voluntad, la fuerza y los medios de reprimir cualquier desorden.

Habeis visto, señores, un general distinguido levantarse. ¿Qué pueblo se ha unido á su bandera? Esto significa que el país quiere la paz; y habiendo habido unas elecciones libres, y habiéndose retraído de ellas un partido, no tiene derecho ese partido á acudir á la fuerza.

Contando con la opinión pública y con la lealtad del ejército, si se continúa conspirando, si con efecto no se está más que herrañdo el caballo para proseguir la insurrección, lucharemos, y tengo la seguridad de que venceremos. Entónces los partidos que se sublevaron acusen al Gobierno de ilegal, no le acusen de mantener el estado de sitio. A la guerra contestaremos con la guerra; al hierro con el hierro.

Voy á concluir; el Sr. Orovio ha dicho que cuando S. M. había retirado su confianza al ministerio del duque de Valencia, se había este retirado á su casa sin apelar ni aun á la última hora de la Correspondencia. Yo declaro en nombre de todos mis compañeros y en el mío que ninguno tuvimos parte en aquella última hora.

Aparte del respeto á la prerogativa regia, quien está tan cansado como yo y tiene tan poca fe, ¿creo nadie que continuaría un día más aquí si no me detuviesen, como á mis compañeros, lo que debemos á la Reina y á la patria? ¡Ah, señores! El día en que sin perjuicio para el país y para el Trono de la Reina pueda yo retirarme, será el más feliz de mi vida. (Rumores.) Cuando los que me interrumpen tengan historia podrán juzgarme con imparcialidad. Entre tanto, no extraño esos rumores.

El Sr. OROVIO: Tengo que renovar mis ofertas de estar al lado del Gobierno siempre que se trate de defender el orden. Respecto de las medidas de estado de sitio, he dicho que ni las condenaba ni las aplaudía; que solamente las exponía. Por lo demás me felicito de que el Gobierno pueda sostener el orden público, según aos lo ha asegurado S. S.

Había homogeneidad en el ministerio de que formé parte, aunque de él saliera un ministro. Su salida prueba que los demás estaban acordes. En cuanto á la mayoría pasada, debo decir que tuvo el patriotismo de dejar de poner obstáculos al nuevo Gabinete, pues de otro modo hubieran podido sobrevenir conflictos para el país.

El Sr. FIGUEROLA: El señor presidente del Consejo de ministros me ha hecho una hábil alusión: voy á contestar con claridad. Ha habido un hecho que ha dado motivo al estado de sitio, cuestión que no he de tratar de sostener, que trataré cuando llegue la ocasión. Declaro que muy pocos generales hubieran tenido el acierto que el duque de Tetuan ha tenido para vencer esa sublevación. Hasta la templanza con que se ha expresado S. S. respecto del jefe que la mandaba prueba cuánto conoce á ese jefe.

S. S. dice que la sublevación la hizo el partido progresista. Yo digo que en mi opinión el partido progresista no la ha hecho. Se ha hecho en interés del partido progresista, es verdad, como en otro tiempo se hizo otra insurrección por otro general que tuvo por resultado el interés del mismo partido.

Hay grandes figuras en el partido progresista. Hay un hombre más querido que respetado allá en Logroño: hay otro más respetado que querido allá en Vico. Ninguno de ellos ha tomado parte en esa sublevación.

Si esto que yo digo como opinión particular mía pudiera contribuir á levantar el estado de sitio, yo me felicitaría grandemente. Si S. S. inspirándose en sus ideas generosas, como se inspiró en 1856 en que no derramó una gota de sangre, en vez de comprimir la expansión habrá cumplido uno de sus más altos deberes, porque estoy seguro de que el puesto que ocupa es de espaldas, y creo realmente que S. S. no ambiciona conservarlo.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Agradezco las palabras benévolas de S. S. La conducta que se observó el año 56 después de la batalla, no fué debida á mis ideas de humanidad, aunque me precie de tenerlas; yo debo declarar que fué la Reina quien después del combate no quiso que se derramasen sangre. Nosotros entónces no hicimos más que llenar los deseos de S. M., siempre bondadosa y clemente; y en estas mismas circunstancias, ¿sabe S. S. cuál ha sido el mayor dolor para nosotros? Pues ha sido tener que oponernos á los sentimientos generosos de la Reina, que quería un día y otro perdonar.

Yo he tenido que decir á S. M.: «Señora, si viera majestad insiste en perdonar á ese desgraciado, yo me retiraré.» Este ha sido uno de los más penosos deberes que he tenido que llenar en mi vida. Dicho esto, diré al Sr. Figuerola que si todos los progresistas pensasen como S. S., yo levantaría hoy el estado de sitio; pero S. S. expresa su opinión particular, y no puedo hablar en nombre de su partido.

Por lo demás, nadie desea tanto como el ministerio que pase esta situación. Volviendo el partido progresista al terreno legal, podrá venir aquí, y ser Gobierno si tiene mayoría. Mientras que, según hizo en 56, no se dé por vencido, yo no puedo hacer muchas cosas por más que lo desee.

El Sr. PRESIDENTE: Mañana continuará la discusión pendiente, y se discutirán los dictámenes que han quedado sobre la mesa.

Se levanta la sesión.

Eran las seis y media.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. El Santo Angel de la Guarda y San Rosendo, mártir.

SANTO DE MAÑANA. San Lucio, Obispo y mártir.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de Jesús Nazareno, donde por la mañana habrá Misa mayor, y por la tarde Miserere, sermon y reserva. En la Capilla Real y en San Sebastian habrá Misa mayor con sermon sobre el Evangelio del día.

Por la tarde á las cuatro habrá ejercicios con Miserere y sermon, que predicarán: en la capilla de la V. O. T. de San Francisco, D. Luis Paralta; en las Calatravas, D. Ignacio Ibarra; en el colegio de Niñas de Leganés, un bu no orador; en las Arrepentidas, don Pedro Palomeque; en la capilla del Santísimo Cristo de San Ginés, D. Ciraco Cruz, y en las Trinitarias, en los ejercicios de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, dirá el sermón D. Miguel Fernandez.

Continúan las Misiones por la tarde en las monjas de San Plácido, y por la noche en las parroquias de San Luis y San Martín.

En el oratorio del Olivar, San Antonio de los Portugueses y en las Salesas Reales, se practicará el culto mensual al Sagrado Corazón de Jesús.

Por la noche habrá ejercicios con sermon, y Miserere, siendo oradores: en la parroquia de Santiago, el Sr. Ibarra; en el oratorio del Olivar, D. Félix Lopez Soldado; en Santo Tomás, el Sr. Palomeque; en la bóveda de San Ginés, D. Joaquín Corral; en Italianos, D. Isidro de la Fuente; en San Pedro, don Alejo Sanchez; en el Caballero de Gracia, el Sr. Peraltá; en San Ignacio, el Sr. Cruz; en la capilla de la Paloma, D. Eugenio Aguado, y en Monserrat, don Marcos Jordan.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA.—Nuestra Señora de las Maravillas, en su iglesia; la de la Providencia, en Capuchinos, ó la del Pópulo, en San Justo.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia, continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

FONDOS PUBLICOS.

	CAMBIO AL CONTADO.	
	Publicado.	No publicado.
Títulos del 3 p. 3 consolidado.	38-45	» »
Inscripciones en el Gran Libro al 3 p. 3 id.	» »	» »
Títulos del 3 p. 3 id.	35-45	» »
Inscripciones en el Gran Libro.	» »	» »
Material del Tesoro preterito con intares.	» »	» »
Idem no preferente, con intares.	» »	» »
Idem sin intares.	» »	» »
Participes legos convertibles á 3 p. 3.	» »	» »
Idem del 4 y 5 por 100.	» »	» »
Deuda amortizable de primera clase.	» »	31-80 »
Idem amortizable de segunda idem.	» »	18-75 »
Deuda del personal.	» »	19-60 »
Billetes hipotecarios del Banco de España, de 2000 rs. con 6 por 100 de intares anual.	89-90	» »
ACCIONES DE CARRETERAS GENERALES, 3 p. 3 ANUAL		
Emission de 4.º de Abril de 1850, de 4 000 rs.	» »	84-50 »
Idem de 4.º de 2000 rs.	» »	86-00 »
Idem de 1.º de Junio de 1851, de 4 000 rs.	» »	85-00 »
Idem de 31 de Agosto de 1852, de 4 000 rs.	» »	80-50 »
Idem de 8 de Marzo de 1853, precedente de la de 13 de Agosto de 1852, de 4 000 rs.	» »	» »
Idem 1.º de Julio de 1856 de 4 000 rs.	» »	» »
Acciones de Obras públicas de 1.º de Julio de 1856.	» »	84-00 »
Del Canal de Isabel II, de 4 000 rs. 3 000 anual	» »	101-00 »
Obligaciones del Estado para subvenciones de ferrocarriles.	71-90	» »
Acciones del Banco de España.	117-00	» »

ANUNCIOS.

EL TROVADOR CATOLICO.

Cantos religiosos, plegarias, himnos, meditaciones y poesías filosófico-morales.

OBRA ORIGINAL DE A. G. T.

La obra consta de 25 entregas, á real cada una en Madrid y en provincias.

Puntos de suscripción en Madrid.—Librería de Lizcano, calle de la Cruz, núm. 31, y en las de Olamendi, Lopez y Aguado.

En provincias.—Suscripción directa, remitiendo su importe en libranzas del giro mútuo, y donde no fuese posible el giro, en sellos de franqueo.

Láminas.—EL TROVADOR CATOLICO saldrá ilustrado con seis preciosas láminas litografiadas á dos tintas y ejecutadas por los principales artistas de esta corte. Se repartirán con las entregas correspondientes.

La primera, representa el géneo de la Religión. La segunda, la Virgen María recibiendo de los Angeles ramos de flores.

Tercera, Jesús visitando á los enfermos.

Cuarta, una madre instruyendo moral y cristianamente á sus hijos.

Quinta, un Sacerdote en el pórtico de la Iglesia enseñando la doctrina á los niños.

Y sexta, una magnífica portada que se repartirá con la última entrega.

La correspondencia y el importe de las suscripciones se dirigirán al editor D. Hermenegildo García, calle de la Ballesta, núm. 3, cuarto tercero.

Han salido cinco entregas en todo el mes de Febrero.

(Núm. 428.—1.º g.—2.º p.)

CUADROS DOLOROSOS

O serie de reflexiones sobre cada uno de los principales dolores de María Santísima.

Obra útil á toda clase de personas piadosas y muy especialmente á los oradores sagrados, por D. Gregorio de Diego y Megia, Pres. lterio.

Se vende á 10 rs. en las librerías de Olamendi, calle de la Paz; Aguado, Pontejos; Herando, Arenal, y en casa del autor, Rio, 6, tercero.

Se remite á provincias mandando su importe en libranza ó 22 sellos de cuatro cuartos.

(O. g.)

Editor responsable: D. MANUEL DE TOMAS.

Imprenta de Tejado, Silva, 47, bajo.